

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
LICENCIATURA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

SEMINARIO ANÁLISIS DE LA COMUNICACIÓN
[2004]

Profesora responsable: Lisa Block de Behar

*La traza de lo verosímil histórico como
desplazamiento del signo-en-sí*

*(Análisis textual de la construcción del asesinato de Juan Idiarte
Borda en la crónica de El Bien, La Razón, El Día y La Nación)*

Ignacio Acosta

3.550.076-4

Montevideo, febrero de 2006

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN.....	4
I.I. Referencias.....	4
I. II. Fundamentación.....	6
II. MARCO TEÓRICO.....	8
III. ANÁLISIS.....	12
III.I. Publicaciones.....	12
III.II. Crónicas.....	13
I. El Bien: Ascenso al reino de los cielos.....	13
II. La Razón: Impiadoso disparo textual I.....	17
III. El Día: Impiadoso disparo textual II.....	21
IV. La Nación: El blasón textual.....	24
IV. CONCLUSIONES.....	25
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.....	28

“El asesinato político es una rama del arte que exige noticia especial”
Thomas De Quincey, *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*

“... el analista halla su placer en esa actividad del espíritu consistente en *desenredar*.”
Edgar Allan Poe, “Los crímenes de la calle Morgue”

“Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es.
Algo, sin embargo, recogeré.”
Jorge Luis Borges, “El Aleph”

I. INTRODUCCIÓN

I.1. REFERENCIAS

En Montevideo, el 25 de agosto de 1897, es asesinado con un disparo de revólver el Presidente de la República Juan Idiarte Borda. La historiografía registra como antecedente de crimen político “El día de los cuchillos largos”, 19 de febrero de 1868: doble asesinato en la misma ciudad de los caudillos de divisa opuesta, Venancio Flores y Bernardo Berro. Pero el magnicidio de 1897, cometido por Avelino Arredondo, emerge en la Historia del Uruguay como el único episodio que acaba con la vida de un Presidente en ejercicio del poder.

Idiarte Borda pertenecía a la falange intransigente del Partido Colorado. Desde 1894 mantenía un poder despótico bajo tensión e impopularidad, resistiendo durante su mandato una fuerte oposición política, incluso intrapartidaria encabezada por José Batlle y Ordóñez en el ala popular de los *colorados*. Los cargos de “exclusivismo”, ‘fraude electoral’, ‘persecución política’, ‘censura de la prensa’ y ‘causante de la guerra civil’ (...) habían deteriorado su imagen pública¹. Una facción del Partido Blanco se había levantado en armas contra su gobierno, alzándose Aparicio Saravia como líder del movimiento.

La confrontación armada se agravaba por una confrontación semiótica, al decretar el Gobierno restricciones a la libertad de imprenta el 1 de diciembre de 1896 cuando la primera insurrección. En el año 1897 la prensa permanece bajo “mordaza”² desde el 3 de marzo hasta el 24 de julio. La imprenta, máquina de reproducción, permitía el movimiento de signos (previa impresión, fijación inalterable) que la censura intentaba contener: las publicaciones estaban impedidas de hacer comentarios políticos sobre actualidad. La restricción elimina entonces la *autonomía semántica del texto* (que no alcanza a fijarse por una aversión a la letra) impidiendo su contraparte dialéctica: espacio de *lecturas múltiples*³ de la situación pública.

“Hay un circuito personal, privado, de la narración. Y hay una voz pública, un movimiento social del relato.”⁴ Si el Estado narra asumiéndose como única voz del movimiento social del relato, impone una forma de realidad que cederá un sentido a la historia, *nihil óbstat* hacia sí mismo para la impresión de sus *boletines oficiales*. En la oralidad, en el circuito privado, circulan posiciones disímiles y lecturas diversas: lo efímero de la *vox* se contrapone a la permanencia de la *littera*.

La coerción sobre el orbe tipográfico, asimismo otras políticas dirigidas desde el Estado bajo el *colectivismo*, facción de Idiarte Borda, provocan un velo expresivo mantenido hasta el día del magnicidio (aunque el decreto de censura en 1897 haya permanecido en vigor desde el 3 de marzo hasta el 24 de julio). Este fenómeno de transición es un punto álgido en la comunicación mediática finisecular: el día del asesinato (del cuerpo) de su censor político, eliminación del celador como *firma* de decretos (letra) que limitan la libertad, la prensa *rota* los tipos liberando *signos* impresos. Las publicaciones construyen desde sus páginas el magnicidio del Presidente: tantas muertes como tantas páginas. *En una tensión política la letra se libera para volver a disparar contra un nombre*.

¹ Caetano, Gerardo y Rilla, José, *Historia del Uruguay contemporáneo. (De la Colonia al Mercosur)*, Montevideo: Fin de Siglo, 1994, nota 24, pág. 86.

² Alusión metafórica al decreto restrictivo de la libertad de imprenta que corresponde a Eduardo Acevedo, opositor político de Idiarte Borda. Se encuentra en un pasaje breve dedicado al episodio en Acevedo, Eduardo, *Anales históricos del Uruguay*, Tomo V, Montevideo: Casa Barreiro y Ramos, 1934, pág. 24.

³ Este vínculo dialéctico, de importancia mayor para la hermenéutica, se encuentra desarrollado en el capítulo II, “Habla y escritura”, en Ricœur, Paul, *Teoría de la interpretación (Discurso y excedente de sentido)*, México: Siglo XXI, 1998.

⁴ Piglia, Ricardo, *Crítica y ficción*, Barcelona: Anagrama, 2001, pág. 35. Los circuitos comunicativos no se agotan en la narración, incluyen lo informativo (igualmente un trayecto de *sentido*). Walter Benjamin distingue “narración” de “información”; véase Benjamin, Walter, “El narrador”, en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos (Iluminaciones IV)*, Madrid: Taurus, 1991, págs. 111-134.

En su estudio sobre la Prensa en el Uruguay del siglo XIX, Benjamín Fernández y Medina refiere al carácter eminentemente político de los diarios de la época⁵. Las publicaciones constituyen el brazo ideológico legitimado para disputar el poder. El periodismo instaura un armazón de *foro*, sitio maquinario de la agonística trama signica. Declarándose, o no, “órganos de partido”, los periódicos abren al espacio colectivo el primer acontecimiento escriturado de lo cotidiano, *escritura compulsiva*, margen/umbral para la comunicación masiva en el potencial de lectura.

Carlos Vaz Ferreira, ante este cuadro, piensa la moral en relación al ejercicio periodístico, hallando lo que dio en llamar “inmoralidad intrínseca”, explicada como “la parte mala de algo bueno o necesario”⁶. Los problemas de filosofía práctica expuestos por Vaz Ferreira se centran en la pragmática de la prensa, el compromiso ante el uso del lenguaje y el efecto de los caracteres impresos. Para el filósofo, el periodista es un emisor construido y potenciado por un medio maquínico, entre leyes físicas y exceso de juicio (piensa la *prensa* como *máquina* metaforizada y metaforizante).

En el esquema de la comunicación social “la opinión del otro (...) puede, al otro día, manifestándose por medio de un artículo, impresionar a todo el país; puede llevar a la convicción, hacer creer en un hecho, tal vez falso, a millones de personas”⁷. De esta reflexión deriva el núcleo de discusión de este trabajo: situación de *lo verosímil* en la *puesta en discurso*. La *impresión* de caracteres efectuada por la máquina deviene, en la recepción, efecto de lectura/*impresión*.

La ejecución de Idiarte Borda (*presentación*) se transforma rápidamente en ejecución periodística (*re-presentación*, construcción textual). Las analogías se trazan en paralelo: del metal del verdugo (bala disparada) al tipo de la imprenta, de la sangre a la tinta, del rumor a la noticia; el magnicidio se reporta en la escritura periodística, luego tratada por la investigación histórica que derivada el hecho al olvido de la memoria colectiva⁸.

“Hoy en día el magnicidio es menos recordado por la historia que por un cuento de Borges”⁹. Jorge Luis Borges incluye el cuento “Avelino Arredondo” en *El libro de arena*¹⁰. Este estudio debe a la ficción borgeana, pero toma forma precisa en la lectura de la génesis pre-textual del cuento narrada por Emir Rodríguez Monegal¹¹. La afirmación del crítico sobre la relación ficción/realidad en la imaginación de Borges, propicia interrogantes sobre la *construcción textual del asesinato de Idiarte Borda en la crónica periodística*, objeto de análisis.

¿Cómo es presentado el asesinato político por los diarios? ¿Qué aspectos enfatizan las publicaciones partidarias? ¿Qué yace oculto en la crónica de 1897 cuando la palabra debe cubrir toda referencia al hecho? ¿Cómo se articula el texto? ¿Qué lógica establece lo verosímil histórico?

⁵ Fernández y Medina, Benjamín, *La Imprenta y la Prensa en el Uruguay (1807-1900)*, Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1900.

⁶ Vaz Ferreira, Carlos, *Moral para intelectuales*, Buenos Aires: Losada, 1962, pág. 94. La primera edición data de 1909. El tiempo a recobrar en esta monografía es afín al filósofo.

⁷ Vaz Ferreira, Carlos, *op. cit.*, pág. 95.

⁸ Véase Maiztegui, Lincoln, “Los dos asesinatos de Juan Idiarte Borda”, en “Fin de semana”, año V, N° 342, págs. 8-9, *El Observador*, Montevideo: año X, N° 2970, 10 de marzo de 2001. Recientemente publicado, véase el artículo de Bolón, Alma, “Un magnicidio mesocrático”, *Brecha*, Montevideo: año XXI, N° 1039, 21 de octubre de 2005, págs. 26-29.

⁹ Bolón, Alma, “Un magnicidio mesocrático”, *art. cit.*, pág. 26.

¹⁰ Borges, Jorge Luis, *El libro de arena*, Buenos Aires: Emecé, 1975.

¹¹ “Todos estos detalles [del crimen] empezaron a apasionarme. Estaba leyendo con todo entusiasmo, cuando Borges me detuvo: ‘No leas más, si no voy a poder inventar nada’. Años después, cuando leí el relato, «Avelino Arredondo», (...) descubrí que Borges había desechado casi todos los detalles que tan dedicadamente le había leído en las fuentes históricas para concentrarse en la aventura interior del magnicida. En ese momento, entendí mejor la imaginación de Borges, que parte de la realidad pero no es esclava de ella.” En Rodríguez Monegal, Emir, “La imaginación de Borges”, en “Separata”, pág. 2, *Jaque*, Montevideo: año I, N° 48, 9 de noviembre de 1984.

I.II. FUNDAMENTACIÓN

El asesinato de Idiarte Borda es noticiado desde las páginas de los diarios montevideanos. Las inusuales ediciones alteran los modos usuales de comunicación, de la forma física (*morphé*) a la forma ideal (*eidós*): cambios tipográficos y de disposición espacial, aparición de imagen (retrato del magnicida), *giro de texto y co-texto*, posicionamiento ideológico, alteraciones que — en una lectura comparada de las crónicas— aluden al episodio bajo una dispersión semiótica. La representación se alinea en el discurso, en el *entrelineado*, en *lo verosímil* (“El sentido de lo verosímil no tiene objeto fuera del discurso.”¹²).

El día después del hecho los periódicos abren sus portadas con editoriales que hacen las pertinentes consideraciones morales y políticas. Luego, a través del testimonio del *reporter*, figura que debe ser retomada, es narrado el asesinato. El *reporter* estuvo en el lugar, presencia testimonial que justifica la presencia textual referente a lo sucedido. Excediendo lo puramente informativo, la crónica da un aleccionamiento en la descripción de la acción.

El juicio moral de los periódicos, como parte del (todo) cuerpo textual, antecede la descripción/construcción del asesinato. La tríada muerte-escenificación-moral en la escritura del magnicidio se vincula con la literatura de Thomas De Quincey, que piensa lo estético como vértice trascendente a este triángulo de elementos: “Desde el primer tributo de piedad a los que han perecido (...) inevitablemente los rasgos escénicos de los diferentes asesinatos se revisan y aprecian.”¹³

Más allá de lo moral, la representación por la palabra escrita es construida en una escénica propia del *locus enunciativo* (según el perfil de cada diario en este caso). La crónica se orienta desde el editorial, donde la *opinión sobre el magnicidio* (conducente a la discusión ética), se relaciona posteriormente con el tratamiento estético. Es indisociable la subjetividad editorial de la (presunta) objetividad declarada por el cronista. El discurso, tramado en lo verosímil, es finalmente estético. La lectura comparada responderá a esta hipótesis.

En la literatura de De Quincey, la “Sociedad de peritos asesinos” en su obra de título elocuente *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*, es un círculo de lectores profesionales dispuestos a saciar su curiosidad ante los homicidios mediante una analítica de las escrituras sobre este tipo de crimen. Superada la consideración moral queda la huella estética de la muerte violenta en la palabra que nace del asesinato: “La sociedad se reúne para hacer la crítica, como lo haría a propósito de un cuadro, una estatua o cualquiera otra obra de arte”¹⁴.

La “sociedad de lectores de periódicos” del Uruguay de fines del XIX, está construida por la maquinaria-prensa, que desde 1890 —cuando el diario “a vintén” impulsa una circulación “callejera”¹⁵— intenta servir a la recepción de todo ciudadano que lee. Este impulso a la lectura masiva en la historia de nuestros medios responde a la posición ideológica de sus prohombres José Batlle y Ordóñez y Carlos María Ramírez, periodistas y políticos, quienes percibían que del alcance popular derivaba un fin educativo benéfico a todos los ciudadanos. La estrategia había sido antecedida por Emile de Girardin en París, 1836¹⁶.

¹² Kristeva, Julia, “La productividad llamada texto”, pág. 65, en AA.VV, *Lo verosímil*, Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo, 1970. En 1968 la Revista francesa *Communications* presentó su n° 11, titulado *Le Vrasemblable*. Los artículos aparecen en formato libro en esta edición citada.

¹³ De Quincey, Thomas, *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*, Barcelona: F. Granada y C.^a Barcelona, 1907, pág. 104.

¹⁴ De Quincey, Thomas, *op. cit.*, pág. 14.

¹⁵ Fernández y Medina, Benjamín, *op. cit.*, pág. 50 y ss.

¹⁶ Paul Virilio lo llama “el patrón de la prensa moderna”. La importancia de Girardin viene dada por el movimiento político que ocasiona introduciendo la publicidad en la prensa. De este modo escapa al control del Estado, al peligro de la imposición signica señalado más arriba, a la ficción de Estado, al primer andamio necesario hacia un “totalitarismo”. Este punto es clave para leer la perifrasis lexicalizada “cuarto poder”, referencia histórica a la prensa en el diagrama político moderno. La breve alusión a Girardin se halla en Virilio,

Discurso precedente, los periódicos esparcen al orden social un acontecimiento como *acontecimiento escriturado*, dando la primera experiencia de lectura del pasado inmediato. André Gide llama *periodismo* “a todo lo que mañana será menos interesante que hoy”¹⁷. Sobre esta sentencia debe reivindicarse la hegemonía de la práctica periodística como proliferación semiótica, fundadora de tradición signica-escritural-cultural. “Esos museos de minucias efímeras” como figura el narrador de “Avelino Arredondo” de Borges a los periódicos, concentran una condición de palabra referida a un tiempo indivisible que no escapa a una relación presente-pasado, a un encadenamiento referencial del día a día como condición necesaria de publicación.

El presente estudio es el recorrido museístico de un lector por las crónicas que presentan el magnicidio de Juan Idiarte Borda, en un análisis de la palabra escrita en los diarios montevidianos *El Bien*, *El Día*, *La Razón* y *La Nación*. Se propone contribuir al *estudio de la trama primigenia de la comunicación social masiva/mediada por un soporte material, para ingresar un sentido al círculo de lectura/interpretación de la tradición acumulada*¹⁸.

La prensa transcribe documentos públicos: parte policial, documentos legislativos, extractos sesiones parlamentarias (crónicas), textos jurídicos (Constitución y Código Penal), telegramas y notas oficiales. Se ensamblan mensajes procedentes de sistemas semióticos diversos para componer el cuerpo textual. La voz del periodista o del editorialista abre su espacio a la voz pública: el Estado escribe, la legislación o la ordenanza son legitimadas en una escritura que circula bajo un nombre particular y privado. Funciona el campo periodístico como absorción y transformación de otros textos: no escapa al *intertexto*, a un tejido más allá de sí. Siempre queda expuesto un *juego de sentido* en la comunidad, límite donde apreciar la verosimilitud: “Tener sentido es ser verosímil (...) dado que el sentido es un efecto interdiscursivo, el efecto verosímil es una cuestión de relación entre discursos.”¹⁹

El *dossier* del caso Idiarte Borda queda conformado por los periódicos montevidianos del mes de agosto de 1897²⁰, fuentes historiográficas y periodísticas. Fueron reunidos documentos dispersos relacionados directamente con el caso, lo que posibilita en la lectura “seguir el desarrollo de un proceso de asimilación y apropiación cultural de un hecho”²¹. El esquema articulador para la comprensión del episodio es la línea que recorre *hecho*→*texto*→*memoria*.

Las publicaciones de la época se archivan en el subsuelo de la Biblioteca Nacional. Trasuntar el sitio de conservación es trasuntar un tiempo detenido en la escritura de los días pasados. Los periódicos llevan nombre, fecha y ciudad. Se descubren en hojas añejas a punto de borrar la marca textual que retorna y recupera el significado de la experiencia, previa lectura

Paul, *Cibermundo: ¿una política suicida?*, Santiago: Dolmen, 1997, pág. 22. Otra referencia aparece en Virilio, Paul, *La máquina de visión*, Madrid: Cátedra, 1989, pág. 50.

¹⁷ Citado por Real de Azúa en “Introducción y Advertencia”, pág. 25, en Real de Azúa, Carlos (comp.), *Antología del Ensayo uruguayo contemporáneo*, Tomo I, Montevideo: Universidad de la República – Departamento de Publicaciones, 1964, págs. 11-59.

¹⁸ Fernández y Medina, hombre de fin de siglo y estudioso de la tradición periodística del XIX, percibía que el ejercicio periodístico-textual se reservaba a la posteridad, a la tradición: “Ya es, en general, el periodismo uruguayo, lo que tan admirablemente definió Río Rosas en su prólogo a las obras de Pastor Díaz: ‘la historia a la menuda, la narración fresca, espontánea, impremeditada, fragmentaria, con que se tejerá y compondrá luego la historia posterior, la verdadera historia’.” En Fernández y Medina, *op. cit.*, págs. 62-63. (El subrayado es mío).

¹⁹ Kristeva, Julia, “La productividad llamada texto”, pág. 66, en AA.VV., *op. cit.* Debo precisar que “juego de sentido” no responde más que a “juego de lenguaje” de Ludwig Wittgenstein.

²⁰ Biblioteca Nacional no dispone al investigador, por proceso de restauración, la consulta de los diarios *El Nacional*, *La Tribuna Popular* y *La Juventud*. La investigación intentó ser exhaustiva con las publicaciones periódicas existentes en agosto de 1897.

²¹ Morino, Ángel y Sen Samaranch, Víctor, “Introducción”, pág. 10, en Foucault, Michel, *Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano...*, Barcelona: Fábula-Tusquets, 2001, págs. 9-13. Este *dossier*, que desprende el objeto de análisis, tiene como antecedente metodológico la investigación dirigida por Michel Foucault en el *Collège de France*, que acaba en una publicación de Éditions Gallimard (1973) y traducción citada.

como conservación en la conciencia. Descubrir la fragilidad y el deterioro del material que sustenta la letra impresa lleva a pensar la fragilidad y el deterioro de la lógica de lectura de esos signos (bajo un *horizonte*, un *verosímil*, bajo un *juego* wittgensteniano²²). El formato de los diarios, la disposición grafemática, los márgenes del papel y el color de las hojas: *subyace un sentido que una aproximación hermenéutica pretende recuperar*.

Es conveniente citar un principio poético de la comunicación social en Paul Ricœur. Transgresión de la soledad, como cualquier palabra dicha o cualquier pulsión heurística:

Algo es transferido de una esfera de vida a otra. Este algo no es la experiencia tal como es experimentada, sino su significado. Aquí está el milagro. La experiencia tal como es experimentada, vivida, sigue siendo privada, pero su significación, su sentido, se hace público. La comunicación en esta forma es la superación de la no comunicabilidad radical de la experiencia vivida tal como lo fue.²³

El modelo de lector de periódicos, por “su profunda idealidad”, es Dupin —personaje de Edgar Allan Poe— que interviene en el desciframiento de lo cotidiano para resolver un enigma, para descifrar un misterio. Esta lectura no persigue un desciframiento detectivesco sobre los textos, sino una discusión en torno a una lógica (verosímil) de comunicación escritural masivamente recepcionada en otra época, hoy conservada en el subsuelo de una institución pública que preserva la memoria silenciosa que *una búsqueda dialógica de significación puede llevar a crisis*.

II. MARCO TEÓRICO

La crónica periodística presenta un *relato* escrito: “como todo acto verbal, sólo puede *informar*, es decir, transmitir significados.”²⁴ La transmisión de significados en la comunicación social masiva de la época a estudiar, se sustenta en la prensa-imprenta como medio influyente. Los conceptos narratológicos de Genette, *historia-relato-narración*, son funcionales al análisis. Admitida la distinción entre “*historia* (el conjunto de los acontecimientos que se cuentan), *relato* (el discurso, oral o escrito, que los cuenta) y *narración* (el acto real o ficticio que produce ese discurso, es decir, el hecho, en sí, de contar)”²⁵ se tomará el magnicidio como historia fáctica (asesinato en la experiencia) analizando el relato que produce la enunciación periodística (asesinato semántico-pragmático) en la narración del cronista.

La noción de “relato mínimo” aportada por Genette, como condensación sintáctica de un hecho suficiente para elaborar un *titular*, en su ejemplo “*The king died*” trasladable a “Asesinato del Presidente Idiarte Borda”, abre teóricamente un espacio para indagar la titulación y la subtitulación como umbral de sentido, antecedente espacial del cuerpo-columna-de-periódico que expandirá su sentido en el inmanencia del texto. “Paratexto”, otro concepto genettiano, es un modo de trascendencia textual, “una presencia muy activa alrededor del texto, de ese conjunto, por cierto heterogéneo, de umbrales y tamicos (...) pragmática de la obra literaria y el lugar privilegiado de su relación con el público”²⁶.

²² Cfr. Parágrafo 559, “Has de tener presente que el juego de lenguaje es, por decirlo de algún modo, algo imprevisible. Quiero decir: No está fundamentado. No es razonable (ni irracional). Está allí —como nuestra vida.” Wittgenstein, Ludwig, *Sobre la certeza*, Barcelona: Gedisa, 1988. Imprevisible como el nacimiento en un tiempo del que no se puede escapar. Ni razonable ni irracional, como la puesta en apariencia constante, principio de aporía, desplazamiento de “la verdad”.

²³ Ricœur, Paul, *op. cit.*, pág. 30.

²⁴ Genette, Gérard, *Nuevo discurso del relato*, Madrid: Cátedra, 1998, pág. 31.

²⁵ Genette, Gérard, *Nuevo discurso del relato*, *op. cit.*, pág.12.

²⁶ Genette, Gérard, “Transtextualidades”, pág. 56, en *Maldoror*, Revista de la Ciudad de Montevideo, Montevideo: N° 20, marzo de 1985, págs. 55-58.

Hayden White somete a estudio la estructura profunda de la imaginación histórica en el siglo XIX, aceptando que toda obra histórica es en su forma un discurso narrativo. El discurso periodístico, al igual que la obra histórica a la que sirve de antecedente documental²⁷, se define en su estructura verbal, crónica como narración, que mantiene en sí misma “un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación”²⁸. Este *paradigma precriticamente aceptado* del que da cuenta White como elemento “metahistórico” se articula con *lo verosímil* de la construcción discursiva de un acontecimiento.

Existe una apropiación y construcción de un hecho a partir del relato realizado por el *reporter* en la prensa de fin de siglo que responde a un paradigma. El diagrama de la comunicación posiciona prescriptivamente al periodismo para ser leído como tal. *Se escribe y se sostiene en una condición de lectura bajo una forma y una función tipológica*. El desplazamiento del paradigma, la poscrítica de lo aceptado, el movimiento de lo creíble o esperable, deja a la crónica de fines del XIX en el margen de lo que se entiende por narración literaria en su género no—ficción (*nonfiction*): “No se puede hablar realmente de objeto literario sino únicamente de una *función literaria* que de manera alternativa puede existir o dejar de existir en cualquier objeto de escritura.”²⁹

“No hay base teórica apodócticamente cierta para afirmar de manera legítima una autoridad de cualquiera de los modos sobre los demás como más ‘realista’ (...) estamos obligados a hacer una *elección* entre estrategias interpretativas rivales en cualquier esfuerzo por reflexionar acerca de la historia-en-general; (...) como corolario de esto, la mejor base para elegir una perspectiva de la historia antes que otra es por último estética o moral, antes que epistemológica”³⁰. Se pueden desplazar estas conclusiones del estudio de White hasta alcanzar nuestro objeto de análisis.

El corolario de White se conecta con lo bello del asesinato, superado el juicio moral. Luego de la posición ética “le toca el turno al gusto y a las Bellas Artes (...) Ha sido una triste cosa, sin duda, muy triste; pero no podemos remediar nada. Por esto es por lo que sacamos el mejor partido de una cosa mala (...) imposible justificarla desde el punto de vista moral, tratémosla estéticamente y veamos si en este sentido se la puede estimar”³¹.

El cronista interpreta el asesinato al volverlo palabra-que-lo-designa, fijación en la escritura para su movimiento en la lectura. La decisión sobre el uso del signo es finalmente poética³², apropiando una tendencia estética.

²⁷ A modo de registro primario respecto a la narración del historiador, el tejido historiográfico puede retomar la crónica periodística. La lectura separada por el tiempo hace de la crónica periodística *otra narración histórica* de función documental. El *reporter* se presenta como alguien que estuvo allí, siendo parte de ese tiempo existencial. El historiador es testigo de un testimonio, arqueólogo de signos sostenidos en el tiempo. La relación déctica está dada por la penetración de la escritura primigenia en las obras históricas.

²⁸ White, Hayden, *Metahistoria. (La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX)*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2002, pág. 9.

²⁹ Genette, Gérard, *Estructuralismo y Crítica Literaria*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Córdoba, 1967, pág. 25. El artículo publicado por el autor en la revista francesa *L’Arc*, N° 26, de 1965, acaba en esta obra citada. Sobre “Literatura y Nuevo Periodismo”, el escritor Miguel Ángel Campodónico expuso en su extensa charla las características del género *nonfiction* en nuestro Seminario, el 16 de junio de 2004. Campodónico diferenció el género híbrido de la *ficción* propiamente dicha, 1) por la necesidad en el género *no—ficción* de partir de un hecho real, 2) por suprimir la total libertad de imaginar. Su sentencia sobre la *no—ficción* abre interrogantes: “Todo sucedió, pero no de igual manera de como está contado.”

³⁰ White, Hyden, *op. cit.*, pág.11.

³¹ De Quincey, Thomas, *op. cit.*, pág. 24.

³² “Poética” designando “la elección hecha por un autor entre las posibilidades (en el orden de la temática, de la composición, del estilo, etc.) literarias”. También se entiende “poética” como “los códigos normativos construidos por una escuela literaria, conjunto de reglas prácticas cuyo empleo se hace obligatorio.” Las definiciones son operativas para la aproximación al objeto de estudio y se encuentran en Todorov, Tzvetan,

En referencia a las decisiones poéticas escribe White: “Este acto prefigurativo [de posicionarse ante los documentos históricos] es *poético* en la medida en que es precognoscitivo y precrítico en la economía de la propia conciencia del historiador. También es poético en la medida en que es constitutivo de la estructura que posteriormente será imaginada en el modelo verbal ofrecido por el historiador como representación y explicación de ‘lo que ocurrió *realmente*’ en el pasado.”³³ La escritura periodística parte de un acto prefigurativo en estos términos expresados, a diferencia que se escribe en antepresente, pasado inmediato, primer círculo de la infinita espiral del tiempo.

En la conciencia de quien toma la voz en la crónica, o de quien ofrece testimonio, se mueven los signos que posibilitan la comunicación humana. El cronista presenta igualmente un modelo verbal en la lectura de su “mundo vital”³⁴. Fragmentación de la experiencia empírica a través de la palabra dicha: “(...) en el momento en que el hecho del mundo cotidiano pasa a ser traducido en texto, una serie de estereotipos mentales, que éste no puede eludir, se ponen en movimiento.”³⁵

White encuentra un modo posible de responder a la obra histórica en su análisis narrativo³⁶: “Se llama explicación por la trama a la que da el ‘significado’ de un relato mediante la identificación del *tipo de relato* que se ha narrado. Si en el curso de la narración de su relato el historiador le da la estructura de trama de una tragedia lo ha ‘explicado’ de una manera; si lo ha estructurado como comedia, lo ha ‘explicado de otra’. El tramado es la manera en que una secuencia de sucesos organizada en un relato se revela de manera gradual como un relato de cierto tipo particular.”³⁷

La clasificación de Northrop Frye (romance, tragedia, comedia y sátira) utilizada por White para su “explicación por la trama” puede derivarse a las *funciones del lenguaje* de Roman Jakobson para servir a este estudio.

El paradigma precriticamente aceptado del tiempo a estudiar, debe ser recuperado en el diálogo hermenéutico logrado en el desplazamiento hacia una *fusión horizontal*. Hans-Georg Gadamer expone la finitud del presente en lo que llama “situación”: “... determina justamente en que representa una posición que limita las posibilidades de ver. (...) le pertenece esencialmente el concepto del *horizonte*. Horizonte es el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto.”³⁸

En la lectura de un tiempo definido, “la conciencia pensante” está centrada dentro un horizonte ceñido que puede ampliarse en el camino hacia la *comprensión* de la alteridad.

“Poética”, págs. 98-103, en Ducrot, Oswald y Todorov, Tzvetan, *Diccionario Enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

³³ White, Hayden, *op. cit.*, pág.40.

³⁴ Hans-Georg Gadamer expone el concepto de *mundo vital* opuesto a todo objetivismo. “Es un concepto esencialmente histórico, que no se refiere a un universo del ser, a un ‘mundo que es’. (...) *mundo vital* hace referencia a otra cosa, al todo en el que entramos viviendo los que vivimos históricamente.” Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, Salamanca: Sígueme, 1991, pág. 309. Vínculo con la noción de “horizonte” gadameriano y con el “paradigma” de White, donde cabe lo verosímil histórico y los “juegos de lenguaje” de Wittgenstein, una puesta en discurso para *comprender*. “Comprender” también es ceñir, contener, incluir en sí. ¿Para esto no es necesario un límite? ¿Y no es este “mundo vital” conceptual, y sus análogos, un límite de un límite que limita lo ilimitado?

³⁵ Morino, Ángel y Sen Samaranch, Víctor, “Introducción”, pág. 11, en Foucault, Michel, *op. cit.*

³⁶ Noción trasladable del complejo y cerrado relato histórico a lo que sería un microrrelato-crónica periodística, distinguida por White como “abierto por los extremos”. El relato histórico es un ciclo “*diacrónico* completo” que da cuenta de un proceso más que de un hecho contingente. Existe la narrativa *diacrónica* o procesional (relato histórico) y la narrativa *sincrónica* o estática (crónica), en términos de White. Lo *sin-cronos* construye, paradójicamente, su propio tiempo, *otro* respecto al relato histórico: por caso, puede narrarse en detalle lo sucedido en el recorrido de una bala que se desprende de un revólver y penetra un cuerpo, como será tratado en el análisis. Cfr. White, Hayden, *op. cit.*, pág. 21.

³⁷ White, Hayden, *op. cit.*, pág. 18.

³⁸ Gadamer, Hans-Georg, *op. cit.*, pág. 372 y s.

Gadamer presenta la reflexión ontológica y expone sobre la “analítica trascendental del ser” para retomar la postura crítica de Heidegger sobre *comprensión* (uno de los significados de *verstehen* en alemán): “Descubre así [Heidegger] el carácter de proyecto que reviste toda comprensión y piensa ésta misma como el movimiento de la trascendencia, del ascenso por encima de lo que es.”³⁹ Vuelta al texto, la comprensión implica un movimiento de trascendencia dentro de la estructura inmanente. Genette, como se ha visto, distingue la “inmanencia del texto” frente a su “trascendencia” o “manera que tiene el texto (...) de evadirse a sí mismo, al encuentro o a la búsqueda de otra cosa, que puede ser, por ejemplo y para empezar, otros textos.”⁴⁰

Sobre esta fuga hacia lo trascendente deben recuperarse los sentidos del objeto de este estudio. La lectura de la prensa que construye el magnicidio de Idiarte Borda se efectúa desde un horizonte de interpretación preciso. En un siglo de escritura se han abierto horizontes disímiles, otras vías hacia lo verosímil dentro de la finitud del presente como modo de ver el mundo. Una *fusión* debería plegarlos dentro de un encadenamiento, presente de lo que *es* sobre lo otro *siendo*. *Lo verosímil histórico, en comparación con un presente, se disuelve en el movimiento de un paradigma aceptado* (modo de escritura-lectura) *que a su vez no es fijo*.

En busca de comprender los textos, el análisis se vuelve a la hermenéutica. A diferencia del detective de Poe que es modelo de lector de un crimen reciente, el *yo lector* implícito en este trabajo se asume extrañado frente a la alteridad de los periódicos; extrañeza provocada por lectura en perspectiva, búsqueda de lo pretérito. La inquisición “no presupone ni ‘neutralidad’ frente a las cosas ni tampoco autocancelación, sino que incluye una matizada incorporación de las propias opiniones previas y prejuicios (...) con el fin de que el texto mismo pueda presentarse en su alteridad y obtenga así la posibilidad de confrontar su verdad objetiva con las propias opiniones previas.”⁴¹

La reconocida alteridad de los textos se advierte en una conciencia histórica formada en este tiempo. En el horizonte de posicionamiento de esta enunciación se reconoce un modo de leer la comunicación diaria fluida en la velocidad de la luz, en la instantaneidad, en el ojo-máquina y la nueva “logística de la percepción”⁴², en la unificación ecuménica bajo el signo de la información que partiendo de un punto alcanza rápidamente todos los demás. Dando cuenta de los prejuicios propios se acabarán en juicio comparativo de lógicas de comunicación, articuladas bajo la noción de *verosimilitud*. Las formas actuales de producir el “efecto de lo real” (Virilio *dixit*), que tanto como “efecto de realidad” de Barthes es efecto de lo verosímil, disponen de “magnetoscopios, minitels, televisión y otras pantallas de ordenadores [que] se han convertido en un modo casi exclusivo de informarse, de comunicarse, de aprehender la realidad, de moverse en ella.”⁴³

La ligera conmutación del tipo y la impresión en su representación en pantalla, de la imagen sobre papel a la imagería virtual, de las poleas de la imprenta al movimiento de electrones, del texto al texto electrónico, provoca una distancia previa para la comprensión de otra faz histórica de la comunicación. El testigo, cuya figura es el *reporter* en 1897, se pone en duda en estos tiempos de prótesis visuales según Virilio⁴⁴. La apuesta a lo verosímil se efectúa desde nuevas nociones (cuyo centro álgido es el término *tele*), puesta en lenguaje a través de otros códigos.

Tzvetan Todorov describe el término *verosímil* en su polisemia. Servirá a la indagación de la construcción textual del asesinato de Idiarte Borda el sentido que han dado al término Platón y Aristóteles, entendiendo *lo verosímil* como “la relación del texto particular con otro texto, general y difuso, que se llama opinión pública.”⁴⁵ La distinción conceptual, realizada por los clásicos

³⁹ Gadamer, Hans-Georg, *op. cit.*, pág. 326.

⁴⁰ Genette, Gérard, “Transtextualidades”, *art. cit.*, pág. 55.

⁴¹ Gadamer, Hans-Georg, *op. cit.*, pág. 336.

⁴² Véase Virilio, Paul, *La máquina de visión, op. cit., passim*.

⁴³ Virilio, Paul, *La máquina de la visión, op. cit.*, pág. 61.

⁴⁴ Virilio, Paul, *La máquina de la visión, op. cit.*, pág. 60.

⁴⁵ Todorov, Tzvetan, “Introducción”, pág. 13, en AA.VV, *op. cit.*

franceses, permite pensar un verosímil correspondiente a cada género literario, trasladándose con legitimidad a los géneros textuales de la práctica periodística. Por una dilatación semántica en la actualidad se entiende *lo verosímil* en tanto “máscara con que se disfrazan las leyes del texto, y que nosotros debemos tomar por una relación con la realidad.”⁴⁶

III. ANÁLISIS

III.I. PUBLICACIONES

La acción que infringe el orden público (ejecución del Presidente) dispone un quiebre a la normativa editorial de los periódicos. Se traslada a otras páginas lo que a diario es portada y se eliminan los criterios de publicación preceptuados respecto a ediciones anteriores al magnicidio. La anomalía, la irreverencia simbólica, la violencia política, se traduce a palabra impresa: singularidad en la prescripción del orden de publicación, violencia en la distribución espacial de la noticia, efecto visual que el modelo teórico jakobsoniano llamaría “función conativa”/ apelativa.

Los diarios a tratar en este capítulo componen un cuadro heterogéneo de periódicos, no acabado, aunque representativo del panorama de comunicación periodística: *El Bien*, *La Razón*, *El Día* y *La Nación*. Fernández y Medina expresa el perfil de cada publicación proyectado en un plano histórico y puede justificar el corte arbitrario del objeto de estudio. *El Bien*, fundado en 1878, difunde más propaganda religiosa que política, adelantando en pocas semanas la fundación de *La Razón*, que profesa ideas liberales y confronta con los católicos. Del diario católico se afirma una “honrosa tradición de diario político”, mientras que *La Razón* “alcanzó por el talento de éste [Carlos María Ramírez, director en 1897], el mayor ascendiente que haya tenido diario alguno sobre la opinión pública en los últimos treinta años [hacia 1900].”⁴⁷ *El Día*, fundado en 1885, es uno de los más decisivos opositores del gobierno de Idiarte Borda y su construcción textual del asesinato merece constantes relecturas. En contrapunto *La Nación* funciona como proyección de la voz gubernamental. Fernández y Medina, escribe a propósito del diario *La Nación*: “Hay títulos predestinados: *La Nación* fue diario situacionista o defensor del gobierno”⁴⁸.

Una fotografía muestra a Idiarte Borda sentado en un sillón sosteniendo entre sus manos el diario *La Nación*. Esta imagen merecería un tratamiento especial relacionado a este estudio, Barthes *dixit*: “Nunca puedo negar en la Fotografía que *la cosa haya estado allí*.”⁴⁹ Sujeción incontestable entre la publicación de “título predestinado” y el hombre-nombre Ejecutivo/ejecutado por Arredondo.

Fernández y Medina encuentra un tipo de prensa que ha llamado “periódicos cultos y razonadores”, bajo un paradigma aceptado de comunicación que ha derribado “a los antiguos declamadores, como a los *bravos* de la prensa que crearon el famoso *terror del insulto*.”⁵⁰ Sostiene una confrontación de ideas en una argumentación depurada, fuera del argumento *ad hómitem* o el impropio. Se evidencia una sustitución formal del modo de comunicar el pensamiento y ejercer el periodismo.

La época legitima la escritura periodística como un “medio de acción pacífica”, como sostiene *La Razón*. La “guerra” es ejercida en el territorio de la semiótica, en el cuerpo de letra, en la anatomía textual. Un examen detenido de las referencias de los periódicos a sus colegas, muestra una *violencia referencial* sin virtud en el periodismo actual. El señalamiento con epítetos a otra publicación, como en los diarios de agosto de 1897, es descalificativo del sujeto-medio enunciador en nuestro horizonte de comunicación mediática.

⁴⁶ Todorov, Tzvetan. “Introducción”, pág. 13, en AA.VV, *op. cit.*

⁴⁷ Fernández y Medina, Benjamín, *op. cit.*, pág. 45 y s.

⁴⁸ Fernández y Medina, Benjamín, *op. cit.*, pág. 35.

⁴⁹ Véase Barthes, Roland, *La cámara lúcida*, Barcelona: Paidós, 1992.

⁵⁰ Fernández y Medina, Benjamín, *op. cit.*, pág. 62.

José Pedro Barrán extiende a Michel Foucault al hablar de “sensibilidad” en el Uruguay —“corte epistémico” foucauldiano, emparentable al “horizonte” de Gadamer— distinguiendo “barbarie” de “civilización”. Barrán retoma la tradición de la literatura decimonónica sobre el entendimiento del Hombre y la Cultura, que tenía como exponente en el Río de la Plata a Domingo F. Sarmiento y sus escritos publicados en la prensa (*Facundo* se publica en 1845). De la “sensibilidad” sobre *la muerte*, Barrán afirma la negación impuesta por la cultura “civilizada” traducida a imperativo moral: “La muerte debía ser respetable y digna, sería sin duda, pero también majestuosa y bella, todo con tal de negar o encubrir la realidad de la podredumbre del cuerpo.”⁵¹ El año 1897 cabe dentro de la franja transicional del periodo histórico estudiado por Barrán como puente hacia “el disciplinamiento”.

La muerte “majestuosa y bella” perfila la posición de la sátira de Thomas De Quincey y su personaje-conferencista que hace apología de lo bello del crimen. Si la muerte en la época es entendida *en* los significados presentados por Barrán, la crónica debe presentar una condensación de esa sensibilidad ante la muerte/asesinato. Someter a crítica los signos esparcidos por el periodismo perfila una interpelación de la tradición comunicativa en un determinado punto histórico.

III.II. CRÓNICAS

I. *EL BIEN*: ASCENSO AL REINO DE LOS CIELOS

El Bien, diario cristiano, dice en la edición del 25 de agosto sobre los festejos de la fecha patria a realizarse el mismo día en Montevideo: “La función, pues, está preparada, comenzará a la 1 y como único espectador tendrá al señor Idiarte Borda. Que el 25 les sea leve”. En el contexto el pasaje citado funciona como antífrasis, máxime la frase hecha “que sea leve”: Idiarte Borda propulsa la lucha armada condenable y propone un espectáculo, *función*, fiesta del pueblo motivada por el aniversario patrio, mientras en el interior del país continúa la guerra civil. El diario condena la guerra en nombre de una ética fundada en el dogma; Idiarte Borda aparece como principal gestor. La función con único espectador tendrá (dos días después, cuando se construye el magnicidio en el texto) al Presidente asistiendo a un *deus ex máchina*, discurso mediante. En efecto, *El Bien* escribe presagiando: *el Presidente encuentra el reino de los cielos mientras agoniza, único espectador ante la muerte*. El asesinato es retomado en la edición posterior con un desinhibido tono teológico.

El viernes 27, edición posterior al hecho, el editorial titulado “Anatema” condena el asesinato del Presidente y propone la “falta de fe” para explicarlo. En el catolicismo la *fe* es la primera de las tres virtudes teologales, “asentimiento a la revelación de Dios, propuesta por la Iglesia”, primera acepción admitida por la Real Academia. Este modo de causar el episodio deviene crónica espiritual. A continuación del editorial viene la narración-descripción del episodio: mantiene la línea de la opinión, narrando con una decisión poética que White llama “explicación por la trama”. *El Bien* introduce el ascenso a la divinidad.

La publicación cristiana debe interpretarse considerando la ortodoxia de sus redactores. “Anatema”, para iniciar la condena al asesinato, es una referencia al Antiguo Testamento, sinónimo de excomuniación, signo connotado en la ideología cristiana. La excomuniación es para Arredondo, cuyo nombre, umbral del alma, es eliminado de la crónica (ahí el anatema), en tanto *se asiste a la salvación de Idiarte Borda mediante la absolución*. Este relato, en comparación con los cánones de nuestras formas periodísticas, se escribe con una *función dislocada*. Entendamos que toda dislocación lingüística se da posteriori de la lectura como función: “...la diferencia que separa la ‘lengua literaria’ del lenguaje común reside menos en los medios que en los fines. Excepción hecha de algunas inflexiones, el escritor utiliza la misma lengua que los otros usuarios,

⁵¹ Barrán, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. El Disciplinamiento (1860-1920)*, Tomo II, Montevideo: Ediciones Banda Oriental, 1994, pág. 242.

pero no la utiliza de la misma manera ni con la misma intención: material idéntico, función dislocada.”⁵²

La escritura de *El Bien*, cuyo paratexto/lema al pie de su nombre es “Nuestra victoria es la fe”, escribe bajo una mirada doctrinaria explícita. Las opiniones expresadas en el editorial posicionan una opinión sobre el asesinato político, introduciendo el término “sociedades civilizadas” que opera como concepto humanístico del pensamiento decimonónico. La forma de asesinato político como conducta es pensada como disolvente de la sociedad, y el sujeto de la violencia es adjetivado “fanático” y “neurótico”⁵³. Como piensa De Quincey, el asesinato es bello luego del juicio moral. El editorial abre paso a la crónica, anexándose lo opinado a la descripción detallada del hecho (apuesta a lo verosímil).

La voz del *reporter* que cuenta lo sucedido llega a describir rasgos de la emoción de los montevideanos asistentes a la fiesta para ayudar al clima narrativo: “El público se impacientaba y los curiosos estiraban el pescuezo a cada rumor que surgía de la calle 18 de Julio.” La adición de detalles transforma un mundo ocurrido fuera del lenguaje en experiencia de lenguaje. El narrador introduce al lector una serie de elementos que se reconocen fuera de la lectura, adquiriendo valor funcional sobre el “contexto empírico”, condición pragmática, tipo de “entorno”⁵⁴, contexto de referencia (“función referencial” en Jakobson⁵⁵): plaza, Catedral, Himno Nacional, lista de nombres propios de funcionarios de gobierno o de desempeño público.

Dice Barthes: “La descripción realista evita el dejarse arrastrar a una actividad fantasiosa (...); la retórica clásica había en cierto modo institucionalizado la imagen con el nombre de una figura particular, la hipotiposis, encargada de ‘poner las cosas ante los ojos del auditor’”⁵⁶. La hipotiposis es asegurada desde el título como seducción; los detalles presentados son ineludibles para crear el verosímil referencial.

Desde la segunda columna de la edición correspondiente al viernes 27 de agosto de 1897 se construye el asesinato en la narración. “Narración” para la hermenéutica, “información” para la época (siguiendo la tesis de Benjamin: “narración” en crisis ante “información” efectuada bajo un signo intencional dirigido a una audiencia). *El Bien* titula “Las fiestas del 25 de agosto” en tipografía estridente y subtitula con otro cuerpo de letra: “Muerte del presidente de la República” / “Todos los detalles”. Con explicitud el hecho es pretendidamente narrado fuera de la opinión personal del *reporter*. El análisis muestra como es indisociable la opinión (editorial) del acto narrativo. Se asegura al comienzo de la crónica un apego a lo “real”: “Sólo vamos a hacer una narración fiel y lo más exacta posible de los sucesos.” El ojo del cronista ha estado en el lugar del crimen, o así se presenta: “el haber-estado-allí es un principio suficiente de la palabra [real].”⁵⁷

Se identifica un primer momento contextualizante previo al crimen: llegada de Idiarte Borda a la Catedral de Montevideo, salida luego del Tedeum y marcha por calle Sarandí. Seguido, con paratexto (subtítulo como gozne) los hechos se representan continuando los

⁵² Genette, Gérard, *Estructuralismo y Crítica Literaria*, op. cit., pág. 30.

⁵³ En agosto de 1897 las fuerzas estatales brasileñas intentaban desarmar el movimiento sedicioso en el pueblo *Canudos*, región sertanera del nordeste de Brasil. El nuevo orden político, Estado erigido sobre fundamentos positivistas, era una abstracción ininteligible de organización política para una población analfabeta de exasperada energía mística. Los hombres de la ciudad intentaban someter bajo poder coercitivo a esa población sertanera que oponía resistencia férrea. Mientras unos creían en una naturaleza de valores europeos de organización política, otros esperaban la llegada de un mesías y seguían la prédica de un asceta (Antônio Conselheiro). El espacio de noticias internacionales (servicio telegráfico que funcionaba en Montevideo desde 1882 en la prensa del país) brindaba informaciones breves sobre la situación en *Canudos*. En esos días los periodistas brasileños hablan de “bárbaros” y “fanáticos” como juicio designativo a los seguidores de Conselheiro. Este es un ejemplo de “sensibilidad” de época, fuera y dentro de los límites de Uruguay según se lee en la prensa.

⁵⁴ Es el “fondo” de todo hablar. Véase Coseriu, Eugenio, “Determinación y entorno”, pág. 309 y ss., en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid: Gredos, 1982, págs. 282-323.

⁵⁵ Referente “que el destinador puede captar, ya verbal ya susceptible de verbalización”. “Lingüística y Poética”, pág. 352, en Jakobson, Roman, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona: Ariel, 1984, págs. 347-395.

⁵⁶ Barthes, Roland, “El efecto de realidad”, pág. 98, en AA.VV, op. cit., págs. 95-101.

⁵⁷ Barthes, Roland. “El efecto de realidad”, pág. 99, en AA.VV, op. cit.

movimientos del reloj: i- “El crimen”, ii- “En casa de la familia”, iii- “En la casa mortuoria” y iv- “La impresión general”. Estas unidades de lectura que Barthes dio en llamar *lexias*⁵⁸ son eficaces para aproximarse al texto, asimismo a los demás diarios a tratar.

Los episodios subtitulados sostienen una acción cuyo núcleo (parte) se relaciona con el todo de la crónica. Tomar algunos momentos del relato lleva a comprender las determinantes de la representación del magnicidio en el caso de este periódico. “El crimen”, cuerpo principal de la crónica, se articula con el anunciado “se oyó una detonación de arma de fuego, seca, breve.” La creciente “función emotiva” o “expresiva” del lenguaje, centrada en el destinador del mensaje y su emoción —“real o fingida” dice Jakobson—, acerca la narración al disparo efectuado por el magnicida anexando signos adjetivantes.

“Vibraron en el aire los acordes del himno nacional...” narra el cronista. La *vibración* poética rige la crónica de *El Bien*. Se describe lo sucedido en la marcha de la comitiva, donde el Presidente Idiarte Borda se dispone junto al Arzobispo Mariano Soler, nombre que toma preponderancia, personaje-eje ideológico en este caso: Estado/Iglesia en el andar simbólico de los dos hombres. El centro de la narración es el disparo de arma de fuego. Luego el tiempo queda detenido a un cruce narrativo de situaciones que se dan al unísono: disparo/herida/ movimiento de la comitiva en torno al cuerpo herido, disposición de las fuerzas sobre el heridor, movimiento del público que estaba en la calle, disposición de la guardia del Presidente.

La narración se detiene para distinguir en la palabra los planos intersticiales de lo sucedido en simultáneo. El recorrido de la bala y la posterior caída del herido se despliegan en la acumulación narrativa que alcanza a introducir la voz de los protagonistas. Corresponde una cita textual en extenso de un pasaje destacado en esta publicación y que no existe en otras:

Incorporado el señor Arzobispo y en momento que este estrechaba la mano al señor Stewart, se oyó una detonación de arma de fuego, seca, breve.

El señor Arzobispo al oír la detonación miró al señor Idiarte Borda y viendo que se colocaba las manos en el pecho preguntó que tenía, manifestando el presidente que se moría.

Monseñor Soler le dijo entonces, ¿quiere que le dé la absolución señor presidente? A lo que el herido contestó afirmativamente.

Dispóngase entonces, le dijo el digno Prelado, haga arrepentimiento de todos sus pecados e invoque el nombre de Dios.

El señor Idiarte Borda, dijo entonces: Dios mío! Esas fueron sus últimas palabras pues fallecía en momentos que nuestro Metropolitano lo absolvía echándole la bendición papal, para lo que tenía autorización especial que le ha concedido Su Santidad en su último viaje a Roma.

Mientras esto sucedía, difícil es narrar lo que ocurría.

El discurso directo filtrado en el texto (introducido solamente en *El Bien*) relata la salvación de Idiarte Borda, el ascenso a lo supraterrrenal. Acusado de culpable de hechos sangrientos, pecador como hombre, el arrepentimiento en la agonía lo vindica.

La introducción de la voz de los protagonistas-personajes demuestra como la puesta en discurso es una apuesta a lo verosímil. Una lectura distanciada pone en contradicción al constructo. Esto es inverosímil en los parámetros del presente: ese diálogo, mimesis textual en el sentido platónico, está en nuestra era soportada por registros de audio e imagen que rigen los lenguajes de comunicación masiva. La lectura desde el horizonte presente de lectura no admite como “real” una enunciación de esta índole reproducida por la imprenta sin ser constatada por

⁵⁸ “Una lexia es evidentemente un significante textual (...) la fragmentación del texto narrativo en lexias es puramente empírica, dictada por una preocupación por la comodidad: la lexia es un producto arbitrario, simplemente un segmento en cuyo interior se observa el reparto de los sentidos (...) la lexia útil es aquella en la que no entran más que uno, dos o tres sentidos (superpuestos en el *volumen* del trozo del texto).” Barthes, Roland, “Análisis textual de un cuento de Edgar Poe”, pág. 325, en Barthes, Roland, *La aventura semiológica*, Barcelona: Paidós, 1990, págs. 323-352.

otros medios tecnológicos al alcance de esta era. La lógica de comunicación periodística ha derivado la voz a otros medios de reproducción, ha desplazado lo verosímil textual a lo audiovisual en lo que respecta a lo noticiable. La apariencia que encierra la imagen y el sonido, simulando movimiento, continuidad, perspectiva, textura, deja una funcionalidad secundaria a la *littera* en cuanto a información meritoria de titulación.

El cronista se vuelve voz narrativa entre el disparo y la absolución hasta lo ocurrido con Arredondo, abriendo una microescena con otros protagonistas en torno al heridor y al arma homicida. Declara el *reporter* sobre la *duración* de la historia que se dispersa en la *longitud* del relato: "...todo esto ocurrió simultáneamente", y detalla —continuando una extensa lista de nombres propios de funcionarios públicos— el momento en que alguien vuelca las balas del arma homicida y entrega a Arredondo a la autoridad. "El momento fue de confusión" escribe el *reporter*. En la representación textual la confusión viene por la fragmentación de lo simultáneo, que el lenguaje hace inevitablemente sucesivo a nivel narrativo. Esta idea borgeana expresada en "El Aleph" apega el texto analizado a una dimensión estética, elección poética de la expresión consumada. Un lector de este tiempo, de encontrar esta crónica en un libro, puede creer —suspendiendo todo juicio estético— que lee un cuento⁵⁹.

La palabra rompe la continuidad del hecho empírico. Lo que en la tarde del 25 de agosto fue una escena trágica y ágil como un disparo, acaba en una extensa crónica narrada por un testigo omnipresente, que además de haber estado allí lo ha visto (según dice) con una precisión extrema traducida a precisión en la elección de la palabra. Los movimientos del cronista parecen continuar los del cuerpo del Presidente herido. *El Bien* advierte que de las *versiones que circulan* respecto al modo que fue muerto Idiarte Borda, la propia "es la que conceptuamos más verídica." El texto asegura una verdad construida en el consenso ciudadano, parte indistinta del "rumor" como prueba *fuera-de-la-tejné*⁶⁰.

El cuerpo del herido es trasladado a la Jefatura Política luego del disparo. La muerte pasa a ser noticia dentro de la acción narrativa: llegará al círculo de intimidad, casa particular de Idiarte Borda donde entra el cronista o su informante: lo privado del hombre público se traslada a lo público de lo privado. Uno de los hijos de Idiarte Borda "con gran entereza de ánimo, abrazó el cadáver de su señor padre y le besó respetuosamente [sic]. Aceptó las condolencias de las personas que rodeaban el cuerpo y luego dispuso la traslación a su domicilio." Barrán encuentra que el encubrimiento de la muerte, en fase social de "disciplinamiento", "también se apoderó del lenguaje escrito y hablado. (...) Los eufemismos empezaron a estar a la orden del día en el discurso de los periodistas por ejemplo, y el "cadáver" o el "muerto" del escritor "bárbaro" se transformaron en el "finado" o "los restos mortales".⁶¹ En el caso de *El Bien*, asimismo en los otros diarios a analizar, se habla de "cadáver", distinción que deja al texto bajo el signo de lo que Barrán entiende por "barbarie".

A renglón seguido del paratexto "En casa de familia", limen dramático, lexia ii, el cronista cuenta la actitud personal de los deudos de Idiarte Borda luego de la noticia dada por el edecán coronel Casciani. La esposa de Idiarte Borda se convierte en el centro del dramatismo luego de la muerte del Presidente. La mirada y los detalles se centran en lo ocurrido en casa de familia: "Naturalmente la señora se alarmó inquiriendo datos sobre su esposo, presentándose a su espíritu la sospecha de una desgracia...". Es otro caso de un episodio que sucede

⁵⁹ "A esta historia de las *divisiones interiores* del campo literario (...) sería necesario agregar la de la división mucho más vasta entre la literatura y todo lo que no es literatura. Esto no sería ya una historia literaria sino una historia de las relaciones entre la literatura y el conjunto de la vida social: la historia no hace mucho reclamada por Lucien Febvre de la *función literaria*. Los formalistas rusos han insistido sobre el carácter *diferencial* del hecho literario. La 'literalidad' es también función de la no-literalidad y ninguna definición estable puede darse de ella: sólo permanece la conciencia de un límite." Genette, Gérard, *Estructuralismo y Crítica Literaria*, op. cit., pág. 55.

⁶⁰ Véase Barthes, Roland, *Investigaciones retóricas I. (La antigua retórica)*, Barcelona: Ediciones Buenos Aires, 1982.

⁶¹ Barrán, José Pedro, op. cit., pág. 255.

simultáneamente a otros narrados, siendo comprimido en el relato el tiempo y espacio. El *reporter* se instala dentro del sentir de la mujer-personaje, en un hallazgo expresivo que se sitúa en una estética clasificada dentro del “relato psicológico” en nuestra situación de lectura.

El Bien construye un bello crimen con un cierre poético a las microescenas tratadas. La “verdad” del caso queda validada por la voz de un hombre que *media* entre Tierra y Cielo, produciéndose un pliegue simbólico voz-de-Estado/Iglesia-confesor: Monseñor Soler aparece en casa de la familia de Idiarte Borda para dar fe a las palabras del edecán mensajero. “No supo toda la terrible verdad hasta el momento en que llegó el señor Arzobispo, que al notar su angustia y suponiéndola preparada suficientemente, como ella se dirigiera interrogándole, le dijo: -Señora, su esposo está en el cielo. Yo lo he elevado!”. El episodio tiene un centro teologal concentrado en el Arzobispo. Si la “victoria es la fe”, la “verdad” es palabra clerical. Regreso a la preponderancia del sacerdote y al posicionamiento cristiano en la vindicación pública de Idiarte Borda.

En la versión siguiente, correspondiente al sábado 28, *El Bien* se rectifica sin asumir la versión anterior: ahora describe la soledad del espacio interior de la esposa de Idiarte Borda, continuando la introspección psicológica (“...ella le preguntó, muerta de miedo, por su marido”), reelaborándose en una simbólica silenciosa una secuencia narrativa sin variar su sentido: “El Arzobispo por única respuesta tomó el crucifijo que le colgaba del cuello”.

El hombre-Monseñor-confesor Soler, figura eclesiástica por antonomasia en Montevideo de la época, vía sacramental, cumple los preceptos morales dándole la noticia funesta a la esposa del Presidente. Relato de hechos, presentados bajo procedimiento de simulación (de *vox* a *littera*), generan lo que Genette llama *ilusión mimética*, eficaz por “La presunta eliminación de la instancia narrativa, que remita a un hecho de voz; el carácter detallado del relato, que remite, a su vez, a un hecho de velocidad: es evidente que un relato detallado, con ritmo de ‘escena’, da al lector una impresión de presencia mayor que un sumario rápido y lejano”⁶².

El cronista, que se ha desplegado físicamente a lo largo de Montevideo (en la *lexia iv* refiere al comportamiento del público luego del crimen) ha extendido su narración a los detalles más inquisitorios, evaluando emotivamente a quienes han poblado su crónica. J. Hillis Miller afirma que “Toda evaluación emotiva es performativa. Hace que suceda algo que no tiene causa más allá de las palabras que lo expresan.”⁶³ Cada decisión verbal, cada punto que relaciona las unidades dentro de la inmanencia textual evidencia los componentes poéticos (trascendentes) de la crónica. La lectura y el diálogo hermenéutico aproximan la percepción de la estética narrativa: forma, distribución de signos en el espacio, tipografía, composición textual.

II. LA RAZÓN: IMPIADOSO DISPARO TEXTUAL I

Al día del magnicidio *La Razón* mantiene su edición de la mañana y su edición de la tarde, que serán tratadas indistintamente en este pasaje. La crónica del caso se presenta en la edición vespertina correspondiente al jueves 26 de agosto, al no disponerse los días jueves la tirada de la mañana. Los titulares se presentan en doble columna (quinta y sexta en ocho dispuestas en la página), sin la voluptuosidad espacial que ocupan en los periódicos de este tiempo. Recortado a un mínimo en la dimensión de la página, contiguo al retrato de Arredondo, escribe en tipografía destacada y espaciado a renglón seguido: “Los sucesos del 25 de agosto / Asesinato del Presidente de la República / Nuevo Gobierno / Movimiento Legislativo / Todos los detalles”. Esta introducción mantiene variaciones respecto a *El Bien*. El título-apertura de las páginas el día (“Los sucesos del 25 de agosto”) es metonímico, cuando irónico, proteiforme, en el diario cristiano (“Las fiestas del 25 de agosto”).

La crónica continúa el modelo de un primer momento contextualizante. En este caso la descripción no enfatiza la llegada a la Catedral, sino en las manifestaciones del público (“el

⁶² Genette, Gérard. *Nuevo discurso del relato*, op. cit., pág. 33.

⁶³ J. Hillis Miller, “Lectura de escritura: George Eliot”, pág. 195, en Block de Behar, Lisa (coord.), *Diseminario: La desconstrucción (otro descubrimiento de América)*, Montevideo: XYZ, 1987, págs. 175-195.

pueblo”), lo que orienta la disposición del diario en cuanto a ideas políticas. La introducción de este sentido continúa en la aspectualización de la construcción textual de *La Razón*. Los paratextos (subtítulos) destacan los momentos clave del episodio, continuando la partición en lexias efectuado para el trabajo de análisis. En este caso los subtítulos toman ligeras alteraciones: i- “El crimen”, ii- “En casa del señor Borda”, iii- “¿Dónde murió Idiarte Borda?” y iv- “En casa del señor Idiarte Borda”.

En la lexia i dice el narrador: “En el balcón del Jockey Club se hallaban varias personas y entre ellas dos de nuestros redactores, que presenciaron el hecho en sus detalles. He aquí como explican lo ocurrido”. La presencia corpórea de los testigos gradúa la veracidad de lo representado. La crónica adquiere una polifonía testimonial aunque en el texto no se desplace el *yo* narrador.

El Arzobispo de Montevideo es declinado a nulidad, y el momento de la absolución narrado por *El Bien* es igualmente despojado por *La Razón*, diario liberal. “El Arzobispo se inclinó sobre el cuerpo del herido y los señores que ocupaban los puestos más inmediatos trataron también de auxiliarlo.” La referencia mínima a Monseñor Soler muestra el perfil ideológico del diario dirigido por Carlos María Ramírez. Se silencia el lirismo del diálogo de Idiarte Borda con el Arzobispo representado por el diario católico. La relación Estado/Iglesia pierde toda la solemnidad en este caso.

La Razón dilata detalles con un fin político: son identificados numerosos nombres vinculados a la actividad pública, agregándose detalles de “contexto empírico” en la multiplicación de microescenas. Cuando la detonación se abre el espectro narrativo a situaciones diversas: lo que sucede con el Presidente y con Arredondo, con el público asistente, en el balcón de la familia Herrera y Obes, etc. El texto no altera la voz de su narrador, que en función omnisciente traslada su ojo-testimonio por toda la ciudad.

El *reporter* supera la intimidación de los hombres públicos: se dirige (en la lexia ii) a la casa de Idiarte Borda, eliminando el simbólico crucifijo: “La señora de Borda preguntó poco más o menos a esa hora, si había mucha gente en la calle. Le contestaron que no.” El aviso a la familia de Idiarte Borda de la acción de Arredondo tiene un acento dramático vuelto a la “función emotiva”. La teatralidad en la narración de *El Bien*, momento en el que Monseñor Soler da noticia a la esposa del Presidente, es borrada en este diario. El drama se conserva traducido a marcas textuales: “Serían las tres menos cuarto cuando subió las escaleras el edecán Casciani, y encontrándose en la sala a la esposa del General Díaz, le dijo en voz baja y con acento desesperado: Lo han herido! Lo han herido!”.

La tensión dramática dentro de la casa del Presidente, se vuelve principio de giro estético circular, ya que se afirma en toda la prensa “el acceso a la locura” de la esposa de Idiarte Borda luego de la noticia funesta. Mientras *El Bien* introduce imágenes cristianas (“elevación al cielo”, la cruz del Arzobispo), *La Razón* presenta a la esposa de un General. El relato mínimo se reduciría en este punto de la crónica a “La esposa de Idiarte Borda accede a la locura cuando recibe la noticia”, mientras el testimonio del *reporter* trasluce una serie de signos orientadores connotados al contar este hecho (presencia de un peluquero para peinar a las hijas del Presidente, balcón abierto que reúne muchachas de la aristocracia, familia de un General del Ejército).

Las versiones que circulan se presentan en los textos. *La Razón* (en iii) desmitifica la versión dada por *El Bien*, publicada a la mañana siguiente: “Hay quienes dicen que la muerte del señor Idiarte Borda fue instantánea, pero lo cierto es que respiró ocho minutos después de recibir el balazo. No murió por consiguiente en la calle”. Queda contrapuesta, a texto expreso, la versión que hace efectiva la absolución en calle Sarandí: “Los médicos (...) le prolongaban la vida alzándole los brazos. El arzobispo, señor Soler, tuvo tiempo de darle la extremaunción. [Sobre la versión de las última palabras de Idiarte Borda] Pero en la calle no pasó nada de eso. El señor Soler fue arrastrado por el remolino de gente, y lo vimos recostado contra uno de los cañones de artillería y a algunos metros del herido.” No se lee la palabra “pecado”, signo operante en la versión cristiana del magnicidio y no más allá. El cuerpo de Soler es alejado explícitamente del cuerpo de Idiarte Borda. La muerte del Presidente es puesta al cuidado de los médicos (la ciencia)

volviéndose un hecho secundario todo auxilio espiritual. La relación metonímica Iglesia/Estado, en la conjunción de los cuerpos de Soler e Idiarte Borda, queda absolutamente interrumpida en la versión de *La Razón*.

Avelino Arredondo aparece en un icono-retrato en una dimensión significativa dentro de los límites de la página principal del diario. Al pie de la imagen está escrito: “Tenemos el placer de ofrecer a nuestros lectores el retrato (...), que hemos obtenido merced a la galantería del acreditado fotógrafo Alberto Bixio. Este retrato fue sacado hace próximamente unos seis meses siendo el original de un parecido admirable.” En tiempos del incipiente tecnicismo de reproducción de la imagen, de los nada usuales retratos en la prensa, época “inocente de iconografías”⁶⁴, la palabra debe jurar la representación icónica: otra vez el testimonio dice haber visto el referente/cosa que *ha-estado-allí* (Barthes *dixit*). El gesto trasluce el canon de lectura de periódicos hacia 1897.

Las máscaras que disfrazan el texto en busca de la opinión corriente, exigencia de hacer suceder lo esperable, van a transparentarse mediante un recurso textual: aseverar la veracidad de lo expuesto. Así lo hace *La Razón*: “No extrañen nuestros lectores no encontrar en nuestras columnas la profusión de detalles que consignan otros colegas. Tenemos la seguridad de que muchos de ellos son falsos y por eso no los repetimos. (...) No hubo *ni cargas de lanza y sable de la escolta cuyos caballos casi pisaron el cadáver del Sr. Idiarte Borda*, ni otras exageraciones que hemos leído en algunos colegas.” Entre litotes e hipérbole se interpreta el magnicidio en el dominio de la escritura dispuesta a nuestra tradición; entre el nombre propio y la correspondencia testimonial con los hechos está “la verdad”: “Los informes de *La Razón* son verídicos y los confirman, plenamente los señores Juan Victorica, Dr. Miguel V. Martínez y nuestro compañero José R. Muñíos que se hallaba en el balcón del Jockey Club presenciando el desfile cuando ocurrió el asesinato.”

El nombre de Arredondo, eliminado en un anatema semiótico a nivel del texto y a nivel metafísico en nombre de la moral en *El Bien*, es publicado por *La Razón* junto a un retrato como se ha expuesto. En un análisis comparado con el diario cristiano, esta anagnórisis del criminal es una especie de iconoclasia periodística. La portada muestra el rostro, guardando entrelíneas la consideración social del episodio. Luego de prestar su retrato a la portada es presentado en su intimidad con ciertos rasgos atenuantes. Arredondo es mostrado para el juicio público, imagen y escritura, discurso directo (declaraciones), rasgos precisados. Arredondo “era sumamente aficionado a la lectura de libros y periódicos”.

Al día siguiente (viernes 27, edición de la mañana) Carlos María Ramírez cita en su editorial dichos de *La Razón* publicados en abril cuando el atentado infructuoso que padeció Idiarte Borda: “Suprimida la libertad de imprenta, anda sin guía la conciencia pública, así en la apreciación de la marcha de los gobernantes, como en el juicio sobre los hechos de los gobernados”. Si los diarios crean conciencia pública y Arredondo es lector de diarios, entonces Arredondo tiene conciencia pública (y puede apreciar la marcha de los gobernantes). De algún modo la presentación de Arredondo, en un clima de opresión y deslegitimación de Idiarte Borda como Presidente (ya ejecutado) es atenuante, como se deduce de este silogismo de validez formal⁶⁵. Se construye un hombre sobre la línea de la heroicidad y la impureza moral, a pesar de la condena explícita al asesinato político. Esto demuestra como la *historia* queda difusa y el *relato* altamente connotado; como los movimientos semióticos y lingüísticos apuntan a un verosímil (a lo aparentemente cierto) sobre la experiencia (incierto).

⁶⁴ Rodríguez Monegal, Emir, “La imaginación de Borges”, *art. cit.*

⁶⁵ Este es un caso de “silogismo retórico”, “entimema” para los aristotélicos, desarrollado a nivel del público, a partir de lo contingente y accesible al hombre inculto (privado de la deducción abstracta). Se conduce al lector con opiniones. Las premisas son *verosímiles* (admiten contrario): p- la lectura de diarios crea conciencia pública, q- Arredondo lee diarios. Véase el parágrafo B. 1.10 “El entimema” en Barthes, Roland, *Investigaciones retóricas I. (La antigua retórica)*, *op. cit.*

Recuérdese el sugestivo pie de retrato que ha sido citado anteriormente. En el número del viernes 27 (edición vespertina), el diario asume un *lapsus lingüístico*, que fuera de cualquier susurro psicoanalítico guarda en sí mismo un significado (en segundo grado) ideológico (oposición política), metalepsis⁶⁶ —como error: “Una mano extraña a la redacción, al pie del retrato del asesino del señor Idiarte Borda, estampó abusivamente esta frase: *tenemos el placer...* El editorial que nuestro director ha escrito en la edición de la mañana, justifica suficientemente toda la reprobación que a nuestro director deben merecerle estas palabras. (...) aquella frase absurda queda por esta explicación borrada de las columnas de *La Razón*”. Explicación creíble cuando la lucha violenta dentro la comunicación periodística, inadmisibles para la sofisticación técnica de la producción textual de nuestro tiempo.

En la edición matinal del 27 de agosto, *La Razón* continúa los lineamientos presentados en la versión vespertina analizada. A esto se anexa la opinión de su director periodístico, *sentido* que cruza la crónica por la vía trascendente procurada por toda hermenéutica. El periodismo libera una dualidad que hereda como tradición la memoria imaginante de Borges: el Avelino personaje-de-ficción es mostrado con rasgo heroico, pero Borges asimismo regresa a la profunda ambigüedad de la escritura antepresente de los diarios, negando en el “Epílogo” a *El libro de arena* su aprobación del asesinato político, proscribiendo universalmente el magnicidio.

El 27 de agosto se publica el parte policial bajo un subtítulo “autorreferente”⁶⁷, introduciendo una de las voces del aparato de Estado en relación al caso. Debe citarse en extenso un fragmento del documento público que aparece de igual forma en otras publicaciones:

Excmo. señor: -Tengo el sentimiento de poner en conocimiento de V.E. que hoy a las 2 y 50 p.m. al retirarse de la Catedral S.E. el señor Presidente de la República con el séquito que lo había acompañado al Te-Deum (...) el individuo Avelino Arredondo, disparó un balazo de revólver sobre el señor Presidente, causándole una herida mortal.

(...) El criminal estaba apostado en la vereda entre un grupo de personas, y ni él ni las demás ofrecían la menor sospecha.

(...) Conducido el señor Presidente de la República a uno de los salones de esta Jefatura expiró a los pocos instantes sin haber recobrado el conocimiento.

El Excmo. señor arzobispo que marchaba a su lado en el séquito, dio al señor Presidente de la República la absolución y escuchó sus últimas palabras que fueron estas: *Estoy muerto.* (...)

En este caso la voz institucional hace parcialmente válida la versión de *El Bien*, citando el testimonio de monseñor Soler. El periódico independiente ingresa este documento en un cruce de discursos. La escritura lacónica⁶⁸ ingresa hechos “fríos”, alejados del detalle adosado por la prensa para crear un efecto; viene a rever los datos que en detalle son expuestos por el diario y a sustentar la voz del *reporter* con el ingreso, sin transformación, al discurso periodístico.

En la lexia iv la muerte es espectáculo, “negación del cuerpo” y su desintegración introduciendo términos de Barrán. El cronista se vuelve descriptor de una microescena en casa fúnebre: “El cadáver del señor Idiarte Borda, envuelto en la bandera nacional, está en un riquísimo ataúd negro, forrado de seda violeta con abrazaderas de plata.” En comparación con *El Bien*: “estaba tendido en un magnífico féretro de jacarandá forrado de seda violeta, con

⁶⁶ Como la entienden Perelman y Olbrechts-Tyteca: “Se atrae la atención sobre los hechos (...) para sugerir una valoración.” Citado en Mortara Garavelli, Bice, *Manual de retórica*, Madrid: Cátedra, 1991, pág. 162.

⁶⁷ Presento una categoría de análisis de títulos iniciada en nuestro Seminario, extendida de una taxonomía de John Barth.

⁶⁸ El laconismo, como figura del pensamiento por detracción, es clásico en la escritura-informe de la institución policial, como se observa en este caso. El laconismo, según Mortara Garavelli, “es el modo de hablar propio de los espartanos (...) hablar lacónicamente significaba, sobre todo, dar órdenes. La concisión se identificaba con la *imperatoria brevitatis* («expresión concisa de una orden») típica del lenguaje militar”. En Mortara Garavelli, Bice, *op. cit.*, págs. 289-290.

abrazaderas de plata.” La ritualidad de la muerte es atendida por la prensa: el *reporter* presencia los acontecimientos en detalle, pasa el tiempo de su reservada presencia como testigo y el relato se vuelve elíptico. En el diario de Ramírez: “A las doce de la noche había cesado la afluencia de curiosos y solo quedaban en la casa los amigos. (...) A las cuatro de la mañana, la casa estaba sola.” La muerte, que debía ser “majestuosa y bella”, contribuye a la esencia poética de la construcción textual del asesinato⁶⁹.

III. *EL DÍA*: IMPIADOSO DISPARO TEXTUAL II

El Día, llamado *El Día Noticioso* en un período extenso de 1897, evita la censura política tras la piel de otro nombre: “Noticioso”. Este adición adjetiva por derivación de sustantivo, hace de la publicación *otra*, que encierra en su nombre, inconfundiblemente, la mismidad. Más allá del nombre, el diario que en extensa crónica representa la muerte de Idiarte Borda, hace constantes referencias a su íntimo clausurado (*El Día*).

Este es el centro tenaz de la oposición intrapartidaria que resistió el gobierno de Idiarte Borda. Se destaca en la historia del periodismo uruguayo por llevar reducir el costo del ejemplar, en 1890, provocando un impulso a la prensa popular. “Pocos diarios del país han mantenido una propaganda tan viril como la de *El Día*”⁷⁰. En su edición posterior al magnicidio se pregunta en un impiadoso editorial: “¿Podía el país vivir por más tiempo sometido a una voluntad envuelta en las tinieblas de tan honda inconsciencia moral?”

En su edición del jueves 26 de agosto, edición posterior al magnicidio, *El Día* stampa el retrato de Arredondo. La anagnórisis del criminal como iconoclasia periodística, señalada en *La Razón*, agrega con la imagen un profundo sentido político a la noticia. El editorial contrapone la bala certera de Arredondo a la agonía previa a las muertes en la guerra civil. La referencia a Idiarte Borda/Arredondo en la opinión política lleva a una dualidad que se dispone al posterior juicio público. *El Día* propone elementos que intentan explicar las causas, que derivan en efecto (magnicidio), que a su vez deriva en causa (crónica-texto) vuelto a efecto (verosimilitud)⁷¹. La subjetividad del impetuoso editorial regresa a la crónica, a través de estrategias dispuestas en la trama.

El retrato de Arredondo, cuyo pie destaca el nombre en versales, es dispuesto contiguo a los titulares desplegados línea a línea: “Los sucesos de ayer [destacado en el cuerpo de letra] / Muerte del Sr. Idiarte Borda / El matador / Todos los detalles”. La noticia dispone la relación de los nombres propios, efectuando una continuidad con el editorial. El nombrar como condición de existencia es un hecho destacable: *El Bien* omite mención al criminal en su nombre al igual que *La Nación* (como se mostrará más adelante) no siendo el caso de los diarios político-partidarios que, además de destacarlo, anexan la imagen.

Luego de la titulación *El Día* presenta un resumen, típico de la especificidad de lo narrativo como tipología textual: “Ayer, a las tres de la tarde, apenas concluido el Té-Deum oficial, el Sr. Juan Idiarte Borda fue muerto de un tiro, a la cabeza de la comitiva que se dirigía a la casa de Gobierno, en la calle Sarandí, casi frente al cabildo. He aquí cómo se produjeron los hechos según la versión de uno de nuestros reporters.” La *historia* se condensa en una sintaxis de

⁶⁹ Sobre la descripción en detalle: “...si no estuviera sometida a una elección estética o retórica, ninguna «vista» podría ser agotada por el discurso”. Barthes, Roland, “El efecto de realidad”, pág. 98, en AA.VV, *op. cit.* Describir el cajón donde reposa el cuerpo tiene que ver con una retoricidad para con la muerte.

⁷⁰ Fernández y Medina, Benjamín, *op. cit.*, pág. 50.

⁷¹ Espiral que no acaba. Esa espontaneidad de relaciones causales no se agota: ese verosímil (efecto de *El Día*) es causa de esta indagatoria que se vuelve efecto (verosímil) en busca de discusión (vuelta a causas): “Al lector corresponde, pues, la responsabilidad de no caer víctima de esta ilusión.” Lo dice Todorov al presentar artículos sobre lo verosímil, en Todorov, Tzvetan, “Introducción”, pág. 15, en AA.VV, *op. cit.* Ahora percibo una vaga idea del infinito, una pureza sin causa ni efecto desplegándose en encadenamientos de significados (e interpretaciones) según la “semiosis ilimitada” de Peirce.

noticia-cable. A continuación es escrita la construcción del asesinato, que no es más que una operación de alteración de los procesos semióticos a nivel del *relato*.

La división en lexias se aplicará a la crónica del diario de Batlle y Ordóñez: i- “El tumulto, ii- “Como pasaron los hechos” / “¿Quién era el herido?”, iii- “Otros detalles”, iv- “Misa en la casa mortuoria”. *El Día* presenta el caso más prominente de liberación del lenguaje con relación al magnicidio, crónica como perífrasis.

Previo a i, donde es narrado el disparo, el texto orienta al contexto con un tono crítico: “... aquel regocijo oficial en aquellos momentos tan solemnes y tan tristes producía una impresión de malestar incontrastable.” Este enunciado regresa a la opinión del editorial anterior: la fiesta (regocijante para Idiarte Borda) se contrapone a la guerra civil (triste para el pueblo). La evaluación emocional de lo otro (“impresión de malestar...”) es pura imagen del sí mismo. En el contexto narrativo es válida y concluyente, y apela a la coherencia interna del conjunto textual de *El Día*. Todo postulado del diario se rige por su ideología, por sus parámetros inmanentes de verosimilitud.

El *reporter*, a pesar de asegurar la incomparecencia de particulares, ingresa a la Catedral para observar los movimientos de Idiarte Borda. Esta penetración en el templo deviene quiebre simbólico con el posicionamiento de la vida espiritual en la vida social. La narración es un acontecimiento claramente atea y adelanta en la escritura lo que a posteriori será el proceso de laicidad en el Uruguay, a influjo de Batlle y Ordóñez. La descripción deteriora el vínculo Estado/Iglesia en un movimiento de signos connotados, representándose la aristocracia por un diario de orientación progresista: “... el Sr. Idiarte Borda se sentó en el sillón de honor. Algunos segundos después el Dr. Soler avanzó desde el fondo del altar mayor, envuelto en sus ropajes de plata y oro, la mitra encasquetada, el báculo en la mano, rodeado por una nube de subalternos, y encarándose con el Sr. Idiarte Borda lo bendijo largamente.” Para acentuar lo grotesco del pasaje por el templo, se afirma con irreverencia en esta preterición: “Casi no apartó la vista del altar durante la ceremonia y se hubiera dicho que aquello le interesaba realmente.”

Ingresando en i, “El tumulto”, cuando se narra el disparo: “... el señor Idiarte Borda iba siempre tranquilo, casi sonriente. Llevaba (...) a la izquierda al Arzobispo, con quien conversaba sosegadamente, tal vez sobre la fiesta que se estaba realizando con tan poco éxito. No temería quizás un acontecimiento siniestro. La tarde estaba magníficamente serena.” (Un horizonte comunicativo donde noticia es imagen televisada, dirige este pasaje a género literario). Los adverbios de duda, “tal vez” y “quizás”, liberan la acción del Presidente a un lugar vacilante: el magnicidio puede no ser condenable a priori. Como puntos aislados en el texto llevan el todo-crónica a relacionarse con la pregunta retórica del editorial anteriormente citada. Las decisiones poéticas guardan sitio a la reflexión moral del lector. Lo estético se apega a lo ético, o viceversa: *eidos* como cinta de Moebius (*noumeno* que invalida la comparación).

Esta primera unidad de lectura respecto al crimen soporta una confusión de fondo, anunciada en el subtítulo. Se describe una masa de público que huye sinsentido: “La mayoría disparó sin saber por qué era empujada por el tumulto. Solo se supo que alguien había tirado un tiro. Los más tranquilos se dieron cuenta, sin embargo, que pasaba algo grave al ver a los lanceros de la escolta precipitándose como un torbellino hacia delante.” Luego de otro corte paratextual (“Como pasaron los hechos”, lexia ii) la crónica se dirige a otra versión de lo sucedido sin separarse de su *yo* enunciativo, declarando: “He aquí lo que se había visto de los balcones del Club Uruguay.” La introducción testimonial no se distingue de quien abre la crónica.

En pocas líneas *El Día* narra el disparo, posterior caída de Idiarte Borda y apresamiento de Arredondo: “Todo esto fue tan rápido que muy pocos tuvieron la visión clara de los hechos.” La “verdad” se pone en duda *en* el lenguaje y se construye por la misma vía. “El sentido verosímil *simula* preocuparse por la verdad objetiva; lo que le preocupa efectivamente en su relación con un discurso en el que el ‘simular-ser-una-verdad-objetiva’ es reconocido, admitido, institucionalizado.”⁷² Una “máquina de visión”, cuyo registro es institucionalizado como verdad

⁷² Kristeva, Julia, “La productividad llamada texto”, pág. 65, en AA.VV, *op. cit.*

objetiva sobre lo que ha sido o es, captaría “lo que muy pocos” en su ver inconsciente sin mirar, *i.e.*, caso de lógica verosímil desplazada en comparación con otro horizonte de lectura. Toda ausencia de esa máquina amerita postular lo que *El Día*.

El enigma del disparo es descifrado por la introducción del *discurso indirecto libre* de los gobernantes⁷³ que dan la noticia a la salida del Cabildo (lugar donde se ha conducido el cuerpo de Idiarte Borda). En ese tono de confusión se quita todo lirismo a la expiración del Presidente tal como es representada por *El Bien*. En *El Día* la mención al Arzobispo Soler es mínima: si *La Razón* describe a Soler recostado a un cañón de la artillería y alejado del cuerpo de Idiarte Borda, en este caso se lo lleva al silencio y a la ausencia: “Se dijo que todo había sido obra de un minuto, que el terrible balazo le había atravesado el corazón y que no le dejó aliento ni para decir una palabra. Y la noticia corrió entonces vertiginosamente, llenando en un instante toda la ciudad.” La verdad no es parte del testimonio directo del *reporter* sino que proviene de altos funcionarios públicos. La impersonalidad de las declaraciones parece volver objetiva toda narración del diario. La lectura entrelíneas deshace los mecanismos de verosimilitud que dejan al diario cubierto por un “encierro” ideológico al decidir cada palabra (entonces la interpretación del hecho) desde un paradigma precriticamente aceptado.

Bajo el subtítulo “Otros detalles”, lexia iii, *El Día* presenta apuntes breves, noticias mínimas y sucesos vinculados, que pueden considerarse más allá de la crónica como narración. Un dato viene a contradecir lo que se afirma en la crónica, citado en el párrafo anterior: “... respiró todavía durante veinte minutos después de haber recibido el balazo de Arredondo. Ya los médicos que lo rodeaban le prolongaban la vida casi artificialmente alzándole y bajándole los brazos acompasadamente. El arzobispo, señor Soler, tuvo tiempo de darle la extremaunción.” La versión coincide con *La Razón*.

Existen otras coincidencias en el espacio miscelánico, de apuntes, por caso: “Parece que al estallar la tempestad en casa del señor Idiarte Borda se encontró envuelto en ella Gadan, el gran peluquero...”; “Arredondo era sumamente aficionado a la lectura de libros y periódicos, manifestando marcada predilección por las novelas españolas”. Este tejido de “detalles curiosos” se halla solamente en las páginas de *El Día*. Retorno al testimonio, un *reporter* “acaba de ver los restos del señor Idiarte Borda en su riquísimo féretro, rodeado de coronas. El rostro no está alterado. Un pañuelo blanco aprieta los maxilares y mantiene la boca cerrada. Aun no ha comenzado la descomposición del cadáver.” Esta mención a la muerte es considerada “del peor gusto”⁷⁴, siendo característica del escritor “bárbaro” la utilización “cadáver”. La transgresión expuesta por *El Día* es constante, propia de las ideas del dominio de Batlle y Ordóñez; la muerte vuelve —sin ocultamientos— a la descripción del cuerpo, a la materia.

En la edición del día 27 de agosto, luego del subtítulo “Misa en la casa mortuoria”, se representa la intimidad del velatorio. La opinión expresada en el editorial del día anterior viene a condecirse con los detalles del cuerpo muerto: “Ninguna alteración en la fisonomía y hasta se conservaba ligeramente sonrosado. Por lo menos, la muerte había sido generosa.” Esto contrapone la muerte instantánea del Presidente a la muerte lenta (entonces no-generosa) de los heridos sin asistencia en la guerra civil. La apelación a la muerte en comparación con las demás publicaciones se relaciona con la postura atroz del diario respecto a la figura del Presidente. Genette expone: “Verosimilitud (...) ‘todo lo que está de acuerdo con la opinión del público’. Esta ‘opinión’ real o supuesta, es prácticamente lo que se llamaría hoy una ideología, es decir, un conjunto de máximas y prejuicios que constituye a la vez una visión del mundo y un sistema de valores.”⁷⁵ La muerte es representada coherentemente en relación a la visión del mundo inferida

⁷³ Escribe el diario: “Por último se vio que iban saliendo nuestros más altos personajes con cara avinagrada (del Cabildo). Algunos de éstos fueron inmediatamente asediados y entonces supo toda la verdad: el señor Idiarte Borda no solo había sido herido sino que ya estaba muerto. Se dijo que todo había sido obra de un minuto”.

⁷⁴ Barrán, José Pedro, *op. cit.*, pág. 255.

⁷⁵ Genette, Gérard, “Verosimilitud y motivación”, pág. 62, en *Maldoror*, Revista de la Ciudad de Montevideo, Montevideo: N° 20, marzo de 1985, pág. 61-73.

de la opinión. La crónica, separada espacialmente del editorial, se adhiere al sentido de este, tras una lámina verosímil, tras el orden del simulacro⁷⁶.

IV. LA NACIÓN: EL BLASÓN TEXTUAL

Se ha referido a la fotografía que muestra a Idiarte Borda sosteniendo un ejemplar de *La Nación*. Previo a esa pose, el perfil “oficial” de este diario político se hace evidente en su escritura. Las columnas nombran al Presidente con la cortesía lingüística “Excelentísimo señor”.

El editorial de la edición del 25 de agosto de 1897 se titula “25 de de agosto de 1825”, en versales, bajo la imagen del Escudo Nacional. Este icono tiene un sentido diametralmente opuesto al retrato de Arredondo presentado por otros medios de prensa. La Historia “oficial”, celebrada por *La Nación*, hace gloriosa esta fecha patria que la crítica histórica devalúa argumentando que nada tiene de patriótica la decisión político-utilitaria de los ingleses de independizar un territorio.

La expresión editorial (“Hagamos patria, pues, pero hagámosla dentro del orden, por el progreso de las instituciones, y no por medio de las armas”) es opositora a los diarios políticos analizados, con los que se cruza en breves polémicas intertextuales (con *La Razón* especialmente, asimismo *El Siglo*⁷⁷). La opinión, de elevado tono institucional, se deriva a la crónica periodística limitada a observar el entierro y a ubicar el suceso en el mapa político.

La edición posterior, dos días después del magnicidio, corresponde al viernes 27. Rasgo extraordinario en la imagen de la portada: las líneas delgadas que dividen día a día las ocho columnas de la página se vuelven ocho estridentes trazos en tinta negra. Es el único medio de prensa que tiene la eminente reverencia de enlutar simbólicamente sus columnas. En esta edición atípica, el editorial titulado “Actualidad política” condena en su opinión —severamente— el asesinato político. Se omite el nombre del magnicida (la mención es metonímica: “mano aleve”) y se revitaliza en el texto a Idiarte Borda. La sola mención magnicida aparece en el “Parte Oficial del Señor Jefe Político”, segunda página, en cuya introducción se lee: “Como en dicho parte se relatan los hechos ocurridos, no conceptuamos necesario dar detalles más amplios que carecen de importancia.” Toda lectura comparada evidencia la política antagónica de *La Nación* respecto a *El Día*, diario que introduce una proliferación de detalles.

Admitido el “dominio público de la noticia del asesinato” *La Nación* niega toda presentación del hecho (la trayectoria de la bala que acaba en muerte) omitiendo la representación del episodio. El silencio parcial da el sentido a la actitud política del diario. El *reporter* narra “El entierro del Sr. Presidente de la República” (título de la crónica) con una intensidad poética hiperbólica: “Jamás se vio en Montevideo un público tan numeroso para asistir al entierro de quien fue Presidente de la República O. del Uruguay; jamás, tampoco, se vio tanta concurrencia acompañando el féretro, ni tanta gente esperando en el Cementerio.”

Es impensable en nuestra “post era de la información”, mundo instantáneo en el tiempo inconsciente (simultáneo) de lo virtual, un recurso utilizado solamente por *La Nación* para ayudar a la verosimilitud de su crónica-opinión: “Uno de nuestros reporters pudo tomar momentos antes, en la casa mortuoria, la siguiente lista, incompleta como es de suponerse, de las coronas enviadas por los amigos y relaciones del señor Juan Idiarte Borda.” La lista de nombres propios que en algunos casos alude a la función pública, construye un perfil de alabanza popular al Presidente muerto. Es la versión contraria a la depositada en la memoria colectiva. El único nombre de

⁷⁶ “Lo verosímil es inherente a la representación retórica y se manifiesta en la retórica. El sentido es propio del lenguaje como representación. Lo verosímil es el grado retórico del sentido (del signo-*representamen*).” Kristeva, Julia, “La productividad llamada texto”, pág. 68, en AA.VV, *op. cit.*

⁷⁷ “A *El Siglo* le incomoda que LA NACIÓN tire cohetes para anunciar el «Boletín Oficial», y también le incomoda que los pobres muchachos que lo sacan *gratis* de la imprenta lo vendan. Nuestra imprenta reparte el «Boletín» gratis a todo el mundo”. Relevando la gratuidad de la impresión-voz-del-Estado, *La Nación* aclara la beneficencia de esta estrategia de comunicación masiva sin referirse al problema más profundo a discernir: la imposición sónica.

Presidente Constitucional ausentado del nomenclátor de todas las ciudades es el de Idiarte Borda: si las calles dan un sentido al tráfico igualmente dan un *sentido* de apropiación cultural al nombre que las nombra. (La muerte del nombre propio es el magnicidio sociolingüístico del Presidente Idiarte Borda del que se ha encargado la memoria colectiva coaptada por el discurso político).

La Nación abre su portada a la voz de Francisco Bauzá, transcribiendo el discurso fúnebre de contenido lírico, discurso apologético de la figura del asesinado. Luego se leen algunos circulares emitidos desde organismos del Estado y a continuación una insigne biografía que devuelve signos de vida al Presidente (“Es proverbial la dulzura y sinceridad de su carácter”). Lo bello del crimen lleva a una construcción literaria de un héroe.

Bajo la representación del Escudo Nacional aparece el título “Boletín Oficial”, presentación de extensa lista de documentos públicos (principalmente resoluciones políticas, a lo que se suman correspondencias y telegramas de jefes políticos y militares apostados en todo el país) que en este análisis no viene al caso. La vida institucional ordenada no se detiene: sin prescindir de lo poético, el magnicidio es condenado moralmente aunque minimizado (no se lo representa). El Presidente es Juan L. Cuestas y la vida pública continúa en ese orden forzado por el silencio, por la ausencia textual. En esta lógica conviene presentar los discursos del nuevo mandatario y las voces de la vida democrática, y así se efectúa citando fragmentos de la “Sesión de ayer” de la Asamblea General, ceremonia de la democracia que *La Nación* da a su público.

IV. CONCLUSIONES

La experiencia se transforma rápidamente en ejecución periodística (*re-presentación*), construcción del texto, puesta en discurso, primer movimiento semiótico para escribir la historia antepresente. El recorrido va de la *empeiría* al *logos*, donde el lenguaje: *el retorno es irreversible como el tiempo; el lenguaje, que es el tiempo, no vuelve a la experiencia como tal sino a la experiencia de sí mismo*. Así ocurrió con la ejecución de Idiarte Borda, que exigió noticia especial.

Del ojo del *reporter* a la palabra escrita en la crónica, de la imprenta a la ciudad, hasta alcanzar la interpretación de un lector: *de la experiencia a la impresión subjetiva, luego al sentido entre sujetos* (intersubjetividad). Los diarios circulan en un intercambio de sentido. El lector toma un diario que escoge entre otros. Cada construcción de la muerte es una posible muerte que se fragua en el editorial.

El uso del lenguaje en las crónicas de 1897, en comparación con la actualidad, excede la comunicación cotidiana que generalmente no se ocupa de cuidar la forma sino que se concentra en transmitir contenidos. Esta lectura se hace desde una lógica de aislamiento público de la palabra escrita en favor de otros códigos de comunicación social masiva, *cultura postgutemberg*. Bajo este paradigma se recepciona la crónica de 1897 como práctica apegada a la expresión estética, al cuidado de las formas.

La tradición de la crónica se apoya en el *detalle* como componente principal de la verosimilitud semántica. La palabra escrita es posibilidad y tiempo-espacio de la representación del hecho. No existe a fines del siglo XIX una máquina como artificio, en el sentido cartesiano de condensación de la inteligencia, que evite la escenificación lingüística del crimen. Los diarios montevideanos envuelven sus palabras en la “sensibilidad” de la época, visión de las cosas, juego de lenguaje, horizonte, *mundo*. Así se trasluce la *ideología*, noción que Genette emparenta con verosimilitud. Se ha visto que la prensa construye un crimen bello con una tendencia ideológica que deja vacilante la “verdad”, en una apuesta constante a lo probable o a lo que el público puede dar por cierto.

La comparación de las crónicas deja difusa la muerte de Idiarte Borda. Los diarios tratados toman modelos verbales disímiles: *El Bien* y *La Nación* presentan una estructura que al presentar la acción narrativa evita el circunloquio; de hacerlo viene a conciliarse con la opinión

expresa en el editorial. La filodoxia no solo caracteriza al diario de fe cristiana y al de fe en el gobierno de turno: *La Razón* y *El Día*, de perfil político-partidario, presentan el magnicidio con mayor libertad de lenguaje, cargado de retoricidad que viene a proponer la complejidad de la relación causa-efecto del episodio. La publicación del retrato del magnicida retoma este planteo en una traducción intersemiótica: construcción del héroe o antihéroe a nivel icónico.

Del *locus enunciativo* depende la interpretación del caso. Cada diario “explica por la trama” el magnicidio. Lo verídico se detiene entre el nombre propio y la correspondencia testimonial con los hechos. La historia es ambigua con el paso de los días, con la diversidad de lecturas de los relatos alterados (que encierran la mismidad si se los reduce a “relato mínimo”).

La muerte es representada coherentemente en relación a la visión del mundo inferida de la opinión. La crónica, separada espacialmente del editorial, se adhiere al sentido de este tras la lámina verosímil, tras el orden de simulacro. Se ha señalado para *El Día*, anteriormente, un rasgo concluyente de este trabajo. Desde la opinión se construye al lector. Analizando el editorial se puede describir una tipología de receptor dentro de la “Sociedad de lectores de periódicos”. “Lo verosímil exige así un sujeto del discurso que considere como Otro a su interlocutor (a sí mismo) con el cual, por el mismo camino se identifica. Lo verosímil, segundo grado del sentido, retoque de lo verdadero, sería (al nivel en que vive) el resorte que constituye al Otro en tanto Mismo (la pseudodiferencia) y permite su recuperación por el Mismo en tanto Otro en el discurso.”⁷⁸ El dialogismo que comunica lo otro con lo mismo disuelve las fronteras.

El deslizamiento en este análisis asociativo-disociativo ha sido una “aventura”, como la entiende Barthes: “lo que *me adviene* (lo que me viene del significante)”. El magnicidio es un accidente tomado como excusa histórica para indagar una situación comunicativa y un tipo de problemática teórica.

En el tránsito realidad—verdad se filtra el discurso, la representación por la palabra. Así lo transcribí 12 mayo de 2004, de la exposición de la profesora Lisa Block de Behar en nuestro Seminario. Esta monografía se ha escrito fluyéndose a través de esa enigmática gráfica lineal (—) que separa estos términos. Si una línea es un punto deslizándose en el espacio, *toda diacronía donde el significante encierra en su línea el punto sin tiempo donde el significado.* Punto *noumenal*, es un sentido primero (*signo-en-sí*) que mueve un significado eterno o primer eslabón de la cadena de interpretación, o “aleph” borgeano donde nos es presentada la Verdad como negación de todos los límites (tiempo/espacio donde se equilibra lo verosímil histórico).

Dice Foucault que “Para comprender lo que es la literatura, no quisiera estudiar sus estructuras internas. Preferiría aprehender el movimiento, el frágil proceso por el cual un discurso no literario, subestimado, olvidado tan pronto como se produce, ingresa en el campo literario. ¿Qué ocurre? ¿Qué mecanismo se desencadena? ¿De qué modo se modifica la intención original de este discurso, por el hecho de que es reconocido como literario?”⁷⁹ ¿Qué límite separa la literatura de la no—literatura? Donde las palabras se separan: el silencio. Hemos visto el pasaje de lo que fue leído como periodismo a lo que puede leerse como *no—ficción*, entre literatura y no—literatura. De cómo la línea gráfica en la escritura (silenciosa en el habla) se evapora para que lo escrito como “la verdad” de los hechos pase a los límites que envuelven la ficción en la negación de su nombre sustantivo: *no—ficción*. La fusión de horizontes ha interpelado los procedimientos del verosímil histórico para reconsiderar los límites propios.

El punto *signo-en-sí*, fundamento de lo que es, significado trascendental, es desplazado por lo verosímil histórico para dar origen a una línea que el tiempo ha de disolver. En los casos analizados se mantiene el verosímil sintáctico y el verosímil interno de cada publicación. Todo descentramiento de lo verosímil es un intento de regresar al punto *signo-en-sí*, pensado como un movimiento semiótico iniciático que alcanza esta palabra y al resto de las cosas comprendidas. Cualquier disolución de los límites de lo verosímil se practica en otros límites de lo verosímil. La

⁷⁸ Kristeva, Julia, “La productividad llamada texto”, pág. 77, en AA.VV, *op. cit.*

⁷⁹ Foucault, Michel, *El yo minimalista, conversaciones con Michel Foucault*, Buenos Aires: La Marca, 1996, pág. 142.

Verdad *es*, mientras toda puesta en discurso *es verosímil*. Donde la Verdad, brota un signo, que la comunicación humana descompone para construir otro que pretende alcanzar al inicial (así hasta lo irreversible). El habla y la escritura se mantienen en una línea de tiempo que se aleja del *signo-en-sí*. Lo verosímil se traza como desplazamiento del punto (sea a través de la cadena hablada o de una línea escrita).

El otro mundo se ha corrido porque desde este se lo ha partido, disociado, interpretado. La lectura se establece en una visión del mundo, un horizonte, un sentido de la palabra, un juego con la palabra, una tarja en el sentido de la vida. La tensión de la línea infranqueable del presente, de la lectura y del pensamiento, mueve el centro del otro texto para *desenredar* su sentido. En la época estudiada no existe otro medio de comunicación masiva que la palabra escrita (reproducida por la imprenta), hoy subsumida a las *teletecnologías* que condicionan la apuesta a lo verosímil en la puesta en lenguaje.

La fusión de horizontes duda *entre* estrategias figurativas que pliega en su análisis. Así hasta alcanzar críticamente las crónicas de 1897, para volver a su cadena significativa que reposiciona el significado. “¿Cómo sabe esto el autor?”, interrogante que puede llevarse a “comunicador” en tanto emisor (¿Cómo sabe esto? ¿Por qué el ojo-máquina ha visto esto y no otra cosa más que esto *puesto en planicie?*), típica pregunta modal de Genette, es la pregunta clave que inicia la disolución de la línea discursiva tramada en la verosimilitud, la duda de regreso al *signo-en-sí*.

Permítaseme un movimiento por la luz del intertexto, para citar el epígrafe —una cita de Sir Thomas Browne, médico y ensayista inglés— del cuento *Los crímenes de la calle Morgue* de Poe: “La canción que cantaban las sirenas, o el nombre que adoptó Aquiles cuando se escondió entre las mujeres son cuestiones enigmáticas, pero que no se hallan más allá de toda conjetura.” ¿No sucede lo mismo con la explosión que produjo Arredondo, con la bala cortando el aire, con las últimas palabras de Idiarte Borda? *Ese plano de la experiencia es y será un enigma*. Ese enigma intenta ser develado por la construcción textual. Lo verosímil es soportado en la palabra. Las palabras tejen ambiguas conjeturas. Y esta hermenéutica acaba conjeturando sobre aquellas conjeturas. La lectura busca una faz entredicha, un enigma donde conjeturar conjeturas.

Este trabajo buscó la crisis de los signos impresos que se pierden en la Biblioteca Nacional (parte sensible de la memoria colectiva). Ha sido escrito dentro de un horizonte, de un modo de ver el mundo, de una forma de ser lector, de un juego, de una ciencia en juego, de un saber en movimiento: sobre un mundo tramado por conjeturas, que espera la discusión para disolver su propia apuesta a lo verosímil.

“Dado que el auténtico querer decir (husserliano) es el querer-decir-la-verdad, la *verdad* sería un discurso que se asemeja a lo real; lo *verosímil*, sin ser verdadero, sería discurso que se asemeja al discurso que se asemeja a lo real. Siendo una ‘realidad’ desajustada, que llega incluso a perder el primer grado de similitud (discurso-realidad) para jugarse sólo al segundo (discurso-discurso), lo verosímil no tiene más que una sola característica constante: *quiere decir*, es un *sentido*.”⁸⁰ Este *querer decir* es un *querer soñar* los hechos a través de un sentido posible. Como ha dicho el narrador de “Avelino Arredondo” de Borges: “Así habrán ocurrido los hechos, aunque de un modo más complejo; así puedo soñar que ocurrieron.”

⁸⁰ Kristeva, Julia, “La productividad llamada texto”, pág. 65, en AA.VV, *op. cit.*

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

a. Obras tratadas

- AA.VV., *Lo Verosímil*, Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo, 1970.
- ACEVEDO, Eduardo, *Anales históricos del Uruguay*, Tomo V, Montevideo: Casa Barreiro y Ramos, 1934.
- BARRÁN, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. El Disciplinamiento (1860-1920)*, Tomo II, Montevideo: Ediciones Banda Oriental, 1994.
- BARTHES, Roland, *Investigaciones retóricas I (La antigua retórica)*, Barcelona: Ediciones Buenos Aires, 1982.
La aventura semiológica, Barcelona: Paidós, 1990.
- BENJAMIN, Walter, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos (Iluminaciones IV)*, Madrid: Taurus, 1991.
- BLOCK DE BEHAR, Lisa (coord.), *Diseminario: La desconstrucción (otro descubrimiento de América)*, Montevideo: XYZ, 1987.
- BORGES, Jorge Luis, *El libro de arena*, Buenos Aires: Emecé, 1975.
- CAETANO, Gerardo y RILLA, José, *Historia del Uruguay contemporáneo (De la Colonia al Mercosur)*, Montevideo: Fin de Siglo, 1994.
- COSERIU, Eugenio, *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid: Gredos, 1982.
- DE QUINCEY, Thomas, *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*, Barcelona: F. Granada y C.^a, 1907.
- DUCROT, Oswald y TODOROV, Tzvetan, *Diccionario Enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- FERNÁNDEZ Y MEDINA, Benjamín, *La Imprenta y la Prensa en el Uruguay (1807-1900)*, Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1900.
- FOUCAULT, Michel, *Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano...*, Barcelona: Fábula-Tusquets, 2001.
- GADAMER, Hans-Georg, *Verdad y Método*, Salamanca: Sígueme, 1991.
- GENETTE, Gérard, *Estructuralismo y Crítica Literaria*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Córdoba, 1967
Nuevo discurso del relato, Madrid: Cátedra, 1998.
- JAKOBSON, Roman, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona: Ariel, 1984.
- MORTARA GARAVELLI, Bice, *Manual de retórica*, Madrid: Cátedra, 1991.

PIGLIA, Ricardo, *Crítica y ficción*, Barcelona: Anagrama, 2001.

RICŒUR, Paul, *Teoría de la interpretación (Discurso y excedente de sentido)*, México: Siglo XXI, 1998.

VAZ FERREIRA, Carlos, *Moral para intelectuales*, Buenos Aires: Losada, 1962.

WHITE, Hayden, *Metahistoria (La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX)*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2002.

WITTGENSTEIN, Ludwig, *Sobre la certeza*, Barcelona: Gedisa, 1988.

b. Artículos académicos y periodísticos tratados

Bolón, Alma, “Un magnicidio mesocrático”, *Brecha*, Montevideo: año XXI, N° 1039, 21 de octubre de 2005, págs. 26-29.

Genette, Gérard, “Transtextualidades”, en *Maldoror*, Revista de la Ciudad de Montevideo, Montevideo: N° 20, marzo de 1985, págs. 55-58.

“Verosimilitud y motivación”, en *Maldoror*, Revista de la Ciudad de Montevideo, Montevideo: N° 20, marzo de 1985, págs. 61-73.

Maiztegui, Lincoln, “Los dos asesinatos de Juan Idiarte Borda”, en “Fin de semana”, año V, N° 342, págs. 8-9, *El Observador*, Montevideo: año X, N° 2970, 10 de marzo de 2001.

Rodríguez Monegal, Emir, “La imaginación de Borges”, en “Separata”, pág. 2, *Jaque*, Montevideo: año I, N° 48, 9 de noviembre de 1984.

c. Periódicos de agosto de 1897 citados

El Bien, Montevideo: año XX, N° 5532, 27 de agosto de 1897.
año XX, N° 5533, 28 de agosto de 1897.

El Día Noticioso, Montevideo: año I, N° 91, 26 de agosto de 1897.
año I, N° 92, 27 de agosto de 1897.

La Nación, Montevideo: año XXII, N° 5743, 25 de agosto de 1897.
año XXII, N° 5744, 27 de agosto de 1897.

La Razón, Edición de la mañana, Montevideo: año XIX, N° 5539, 27 de agosto de 1897.
Edición de la tarde, Montevideo: año IX, N° 2332, 26 de agosto de 1897.
año IX, N° 2333, 27 de agosto de 1897.



AVELINO ARREDONDO, matajor del señor Idiarte Borda

